

Directora del proyecto literario Voces de papel: **Rosana Solivella**. España
Directora del proyecto plástico Luces de hiel: **Silvana Solivella**. Suiza y Francia

Maquetación: Malika Toumadj
Ilustraciones de estuche y portada: Silvana Solivella

© Textos e ilustraciones: Los autores
© Textos de «La memoria en el laberinto»: Ajuntament d'Elx (Alicante)
© Prólogo: Fernando Riquelme Lidón
© Epílogo: Jesucristo Riquelme
© Fotografía de Miguel Hernández: J. Riquelme
© Ilustración pluma de pintada, serie Anhelos: R. Solivella
© Fotografía pluma de escribir roja: R.Solivella
© Texto de Miguel y Miguel: R. Solivella
© Esta edición: Instituto Cervantes

Director editorial: **Jesucristo Riquelme. Voces de Papel**. Homenaje a Miguel Hernández, poeta

Depósito legal: V. XXXXX - 2010
ISBN 978-84-92632-24-4

Impreso en España
Printed in Spain

I. G. SOLPRINT S.L.
Políg. Ind. La Vega - c/Archidona, B5. 29651 Mijas Costa - MÁLAGA (Spain)



VOCES DE PAPEL

A MIGUEL HERNÁNDEZ

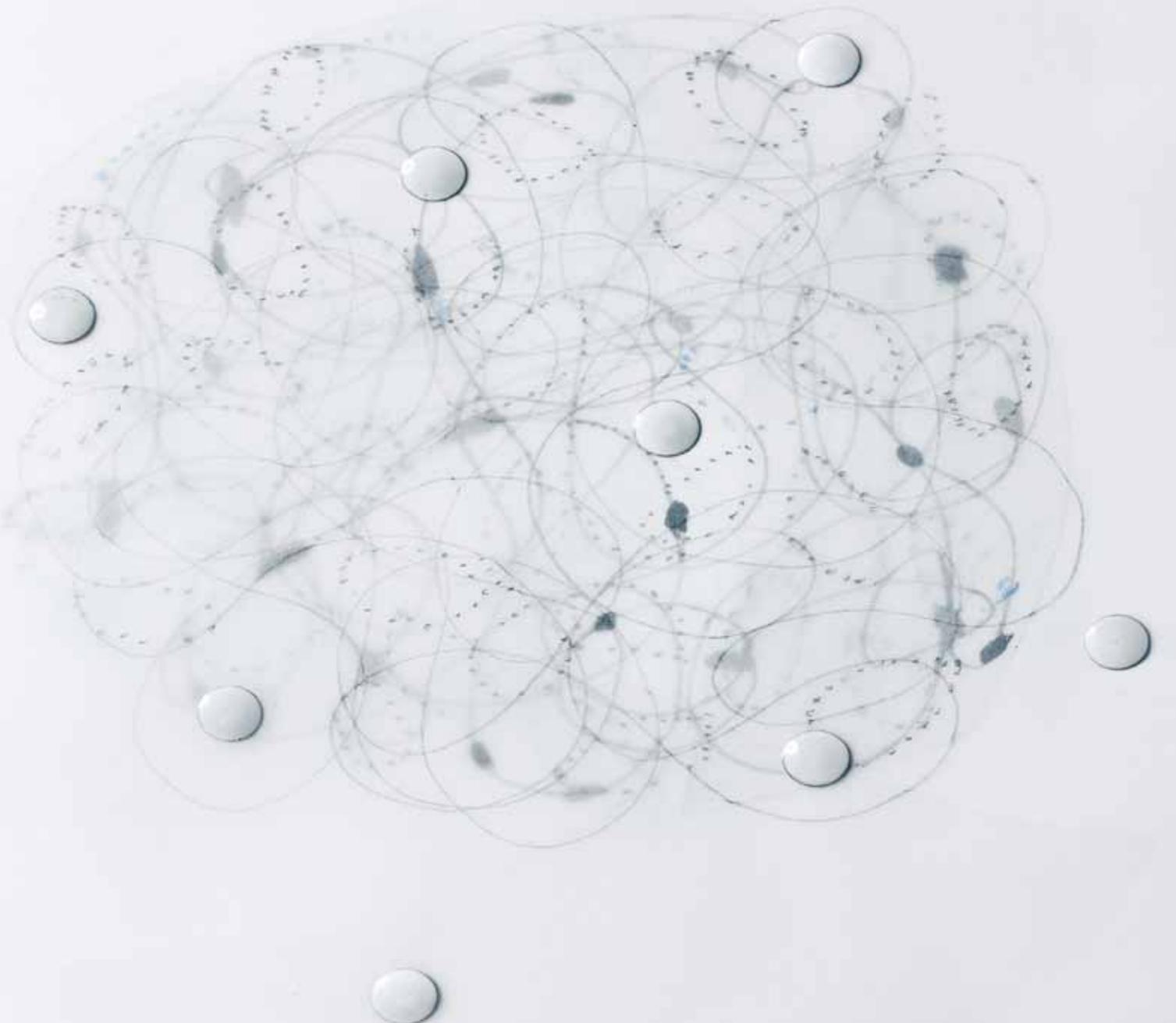


Ilustración : Daniel Ybarra

A MODO DE PRÓLOGO

FERNANDO RIQUELME LIDÓN
EL NACIMIENTO DEL POETA

Hace cien años.

El día ha amanecido nublado; haces de relámpagos anuncian truenos ensordecedores que asustan a las criaturas. El diluvio se desata sobre la peña seca formando alocados torrentes que se precipitan ladera abajo buscando el desagüe natural del cauce del río. «Santo dios, santo fuerte, santo inmortal, líbranos, señor, de todo mal». En las húmedas naves de la catedral resuenan las letanías invocando la misericordia del sumo hacedor para que aleje los peligros de la nube. La chispa cae como una espada bíblica y desmocha una palmera en la huerta de San Antón.

Malos presagios en vísperas de Todos los Santos, la estación de las ramblas desbocadas, arrasadoras; de las riadas sorpresivas; de las inundaciones incontenibles. Triste preludio para recordar en pocos días a los difuntos en el destalado cementerio de largos tapiales encalados en primavera y ya leprosos por el ataque de las inclemencias.

Nadie se aventura por las solitarias y castigadas calles convertidas en bullentes albercas por el azote incesante de las gruesas gotas de la tormenta sobre el agua encharcada. Diríase que las gentes, como animales asustados, se agazapan en sus madrigueras. Las campanas, aquí y allá, llaman a misa. Pero suenan tímidas en medio del fragor de la borrasca. *Los dominus vobiscum* no encuentran en su camino hacia el eco más que unos pocos feligreses que cumplen el precepto dominical. Doña Escolástica, la comadrona, desafía, sin embargo, el aguacero sosteniendo en una mano un viejo paraguas; con la otra mano recoge sus faldones revueltos con las largas enaguas para evitar, inútilmente, que se empapen. Lleva un paso rápido pues sabe que la parturienta no es primeriza y el tiempo apremia. Josefina, la *Finita*, ha venido a avisar. Se esfuerza por seguir el ritmo de la comadrona. Trata de ampararse bajo el paraguas de la mujer, pero los trompicones la condenan a soportar la lluvia que cala sus greñas. Por la calle Mayor se llegan a la catedral, bajan a los Hostales que recorren apresuradas, y enfilan la calle de San Juan, solitaria y anegada en aquellos momentos.

El hombre es joven, pero su actitud denota ya su vocación de patriarca. Sentado en una silla de enea, lía parsimoniosamente la picadura en una hoja de papel de fumar. Un cilindro grosero sale de sus manos. Saca chispas de un chisquero, sopla la mecha humeante y la aplica al cigarrillo. Unos balidos agudos lo ponen en guardia. Son los cabritos del corral llamando a sus madres. Tira de la cadena de su reloj y consulta la hora. Fuma y guarda silencio, manteniendo su mirada fija en las granadas de un lebrillo.

De la alcoba cercana, a puerta cerrada, se cuelan por las rendijas lamentos y consejas. De vez en cuando un estridente ay de dolor. ¿Dónde está doña Escolástica? La Finita ha ido a buscarla. Suenan golpes apresurados de picaporte. El hombre dirige su mirada hacia la puerta de la calle sin hacer ademán de levantarse. Una mujer de pelo cano y alborotado sale de la alcoba y a modo de buenos días dice: «Por fin. Válgame Dios». La Finita, viva imagen de los estragos de la tormenta, comienza a tiritar. El hombre se incorpora, coge un lienzo limpio de los preparados para el parto y se lo tiende a la chiquilla para que se seque. Luego mete los dedos en un bolsillo del chaleco y le da una perradora con la orden de ir a cuidar a los nenes, al Vicentico y a la Elvirica.

Vuelve a tronar. Con rabia. Como si la nube quisiera destruir la tierra. Y en la alcoba los ayes de dolor se repiten casi sin interrupción. La cegadora luz de la chispa se cuela por la ventana y el estruendo hace vibrar los cristales. Y en ese momento, la comadrona agarra la cabeza del feto y tira hacia fuera. Corta el cordón y palmea las escuálidas nalgas del recién nacido. El llanto de la criatura hace sonreír a las comadres, alivia a la parturienta y satisface a doña Escolástica que actúa y da órdenes a las mujeres con autoridad. La partera sale de la alcoba y dirigiéndose al padre le dice escuetamente: «Es un zagal». El hombre carraspea con aire de satisfacción. Se levanta y entra en la habitación; se dirige hacia el crío que yace envuelto en lienzos y lanas junto a la madre y espera que alguien interprete su deseo. Con gestos decididos, Monse, la vecina, retira un faldón y, entre las raquíáticas piernas aún coloradas del recién nacido, el padre observa con contento las Cosas de varón.

A mediodía se abren los cielos, resplandecientes como los frescos barrocos que evocan la gloria. Un sol levantino arranca reflejos de las cúpulas irisadas de iglesias y palacios. La peña de San Miguel vuelve a tornarse seca y en sus grietas se cimbrean los tallos de los hinojos con la grana ya caída. Vuelan las palomas. De Santo Domingo a los Capuchinos se abren las ventanas para oír estancias. Se escuchan por toda la ciudad los sonidos de una mañana dominical: gritos de chiquillería, rumor de tabernas, las campanas de las últimas misas... Y, en el seminario, encaramado en la peña como un paquebote varado en lo alto de una ola, los seminaristas esperan su entrada al refectorio. El tonto del Rabaloche, burdamente disfrazado de miguelete, da reiteradas vivas al rey y a Canalejas en la plaza de Santiago.

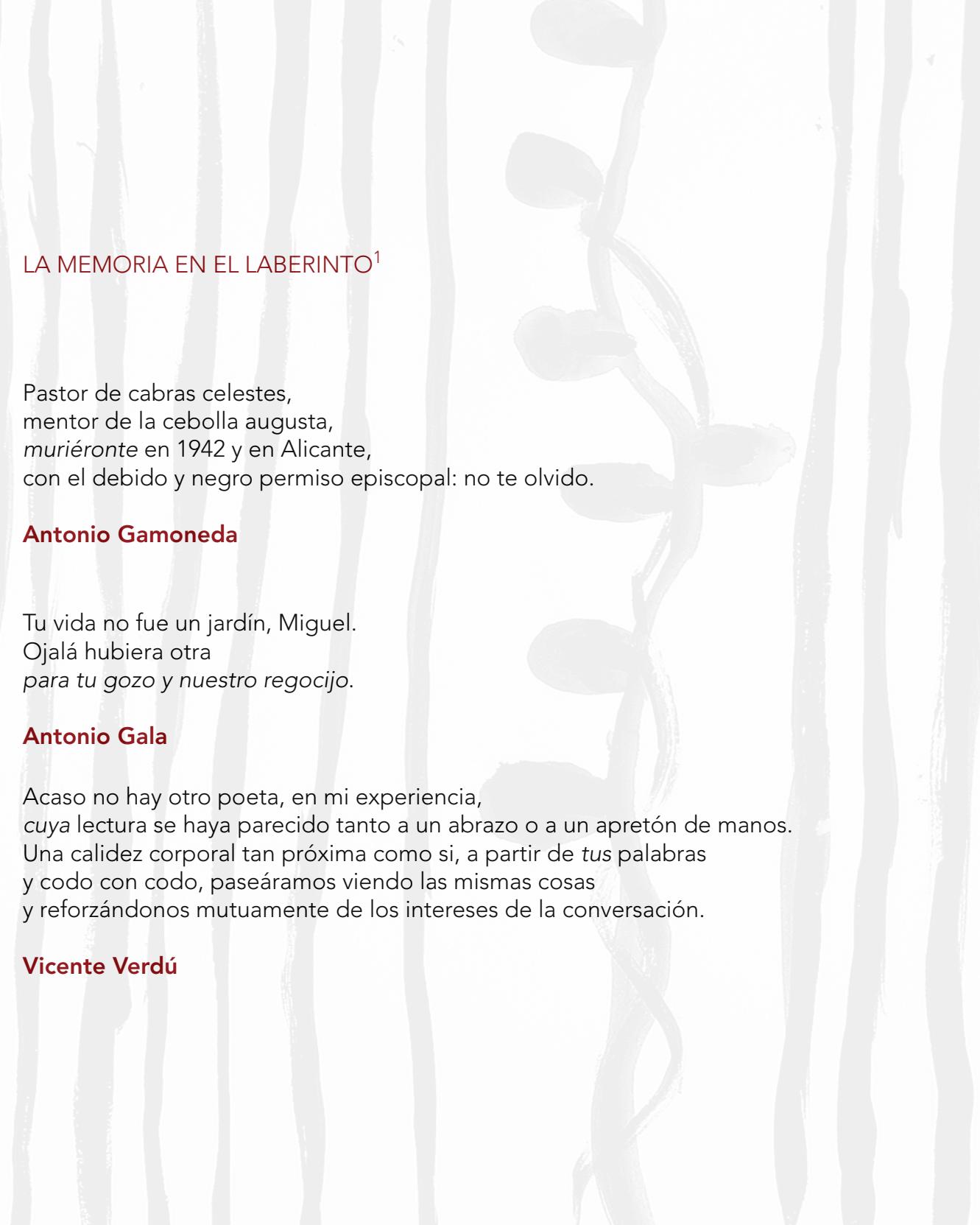
De las monjas de la Trinidad han traído un bizcocho para la parturienta. En el puchero cuecen los trozos amarillos de una gallina. Y en la tosca mesa de la cocina, donde el padre oficia de anfitrión de familiares y vecinos, junto a la botella de anís y un porrón de mistela, hay higos secos y carne de membrillo. Concha, la parturienta, rodeada de mujeres que alaban su fortaleza en el trance, se repone comiendo en la cama gachas de almertas, cuajadas en un plato, incisadas en cuadrícula para absorber el dulce arrope con calabazate.

Hace un siglo. Domingo 30 de octubre de 1910. En Orihuela, «su pueblo y el mío», en el número 80 de la calle de San Juan, ha nacido Miguel Hernández Gilabert.

El día languidece plácidamente. Los sonidos ponen sordina. Las sombras difuminan los horizontes. Los hervidos alivian los apetitos familiares. Ladridos de perros a la luna que muda de fase enmudecen a las enjauladas cagarneras. Las cabras rumian las voces del pueblo que un día el niño cabrero, el chiquillo de alpargatas rotas, «alto de mirar a las palmeras», interpretará genialmente para convertirlas en voces inmortales.

Y cien años después, otras voces, voces éstas de papel, le rinden homenaje.

LA MEMORIA EN EL LABERINTO¹



Pastor de cabras celestes,
mentor de la cebolla augusta,
muriéronse en 1942 y en Alicante,
con el debido y negro permiso episcopal: no te olvido.

Antonio Gamoneda

Tu vida no fue un jardín, Miguel.
Ojalá hubiera otra
para tu gozo y nuestro regocijo.

Antonio Gala

Acaso no hay otro poeta, en mi experiencia,
cuya lectura se haya parecido tanto a un abrazo o a un apretón de manos.
Una calidez corporal tan próxima como si, a partir de *tus* palabras
y codo con codo, paseáramos viendo las mismas cosas
y reforzándonos mutuamente de los intereses de la conversación.

Vicente Verdú

Tuve la suerte de redes cubrirte
a través de un inmenso poeta del pensamiento como Vicente Aleixandre
y, al volver a *tus páginas hernandianas*,
encontré lo que antes había superficialmente desdeñado:
la incandescencia de las imágenes,
la mirada permanentemente renovada a las cosas del mundo,
la superación del sello temporal del compromiso político
gracias a la honda verdad de la palabra poética.

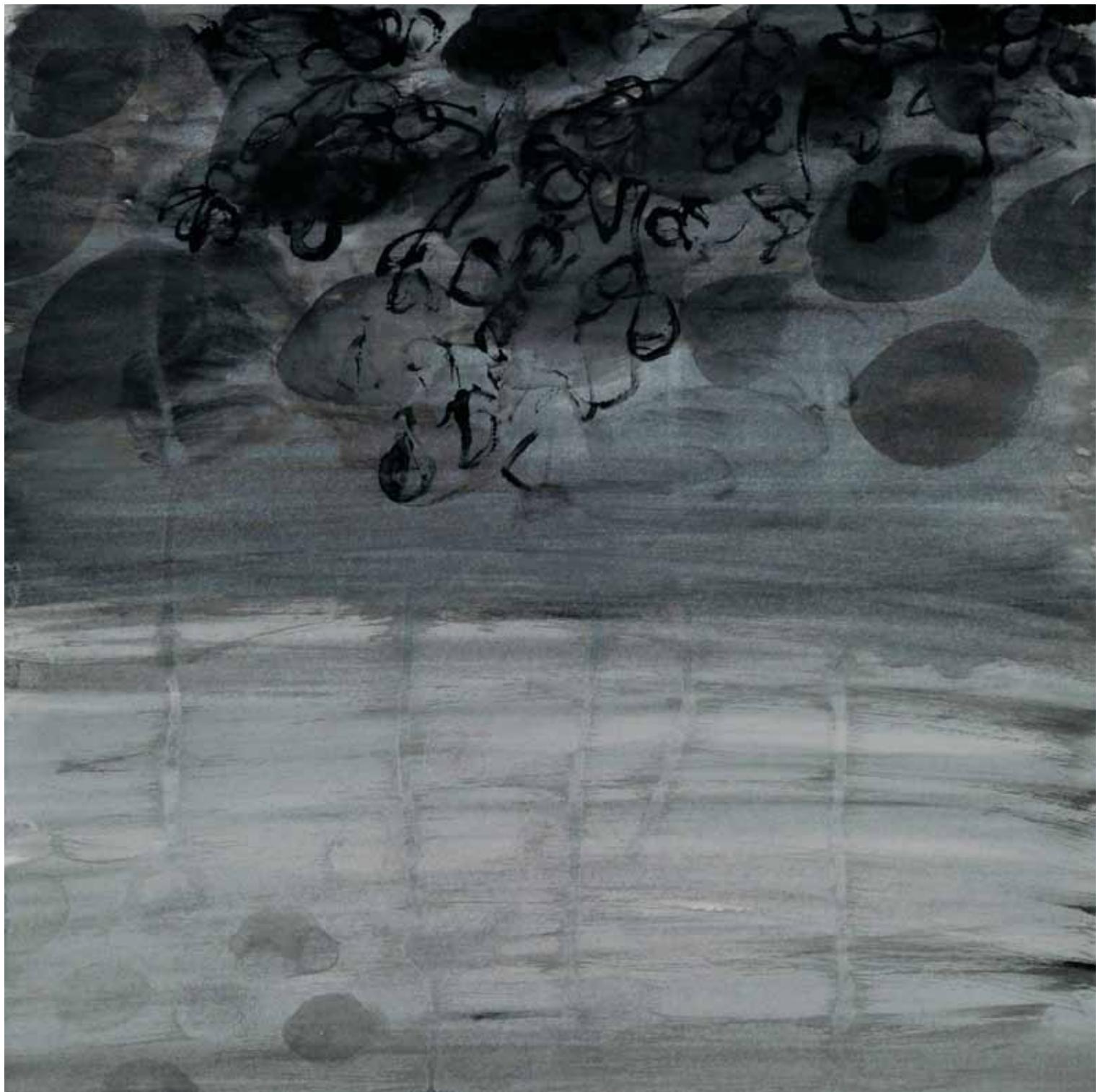
Vicente Molina-Fox

De las amapolas a la memoria,
voy por el estruendo de tus huesos, Miguel.
Nos alerta tu palabra y el compromiso rodado de tu carne.

Enrique Cerdán Tato

Miguel Hernández, fuerza de sangre joven
e imagen lírica de pasión por el cuerpo y el pueblo.
¡Eres todo un clásico hoy!

Luis Antonio de Villena



JENARO TALENS

LA ESPAÑA QUE NO CESÁ

(Tombeau para M. H., 1910-2010)

¡Ah de la tierra! ¿Nadie me responde?
¿Cómo adentrarme entonces en tu nada
sabiendo que no estás? La madrugada
sólo es el hueco en que la luz se esconde.

Un cielo sin hacer quiere que ahonde,
buscándote otra voz. Ensimismada,
se ha instalado la noche en mi mirada
y avanza a tientas, sin pensar adónde.

Una constelación de estrellas sube
por los derrumbaderos de la tarde.
¿Escribirte a la tierra? ¿Para qué?

Toda memoria es frágil: una nube
finge atizar un fuego que no arde,
como un árbol que muere, pero en pie.

JOAQUÍN IBORRA MATEO

SOBRE POETAS Y TUMBAS

Es fácil hablar a una tumba. Una hacendosa viuda cambia las flores del panteón de su esposo y le cuenta cómo están los hijos, cómo crecen los nietos. La sepultura es el punto de encuentro. La viuda establece una comunicación (por supuesto *One-way*) en la que ilusoriamente el muerto escucha y asiente. Ante la tumba de un escritor ilustre la comunicación es menos personal, claro, pero acaso más vívida: aparte de unos trajes en el armario o unos objetos personales del difunto que la viuda conserva en un cajón cerrado, del escritor queda la obra, terminándose de hacer con cada destinatario anónimo, unos textos impresos que ni siquiera la pátina del tiempo puede desproveer de su latido. Al memorizar los poemas, al recitarlos estamos robando inconscientemente al poeta una porción mínima de la autoría, los estamos haciendo nuestros. Memorizar la obra de un autor, algo que sólo permite la poesía, es la última forma de la admiración literaria. Casi una forma de comunión. Al visitar la tumba de un poeta hacemos algo también muy honroso: rendimos culto a un desconocido al que nos sentimos próximos. (Un caso extremo: el profesor estadounidense de secundaria Walter Skold, fundador de la Sociedad de los poetas muertos, en el que se inspiró Peter Weir para rodar su conocida película, interpretada por Robin Williams, visitó en tres meses las tumbas de 150 poetas americanos «con la intención de honrarlos y de reivindicar sus obras»).

Recibí la curiosa petición de escribir una carta a la tumba de Miguel Hernández. Días antes, en París, en el famoso y hasta turístico cementerio de Montmartre, estaba con mi esposa y otros familiares visitando tumbas musgosas y, entre graznidos de cuervos, en medio de la proverbial calma del camposanto, surgió como tema de conversación, no sé por qué, la figura de Miguel Hernández. Todos estábamos de acuerdo en que el dibujo biográfico que nos ha legado la historia de la literatura española del poeta oriolano es demasiado esquemático, demasiado romántico incluso: iletrado-inspirado, pastor-bardo. Toda biografía es una simplificación, la vida puesta en papel siempre resulta algo plana: los hitos principales de una vida nunca definen de forma satisfactoria la vida en su conjunto. Al resaltar los rasgos sobresalientes del carácter del biografiado, el biógrafo, que debe comprender un retrato coherente y ordenado de su hombre, excluye a menudo los rasgos secundarios, limando, en aras de la comprensión del personaje, la contradicción profunda que define el carácter real de cada sujeto. La mayoría de las biografías al

uso resulta esquemática porque el biógrafo abunda en el blanco y en el negro y una falta de sutileza, de capacidad analítica, le hace obviar la escala de grises. Y el gris, ya sabemos, es el color de la cotidianidad. Miguel Hernández, que sí fue, al parecer, un hombre sencillo y, desde luego, un poeta luminoso, era también, al contrario de lo que se nos ha contado, un hombre culto. Inspiración y asimilación de influencias literarias, lirismo y cultura –que no culturalismo– no están reñidos en absoluto. Hay una notable diferencia entre el culto y el pedante: para el primero la cultura es una forma de deleite, un bien del que se participa; para el segundo la cultura es un elemento diferenciador, un arma arrojadiza. Miguel Hernández, hombre instruido, autodidacto (en ninguna Universidad se enseña a ser poeta), de lecturas si no copiosas al menos seleccionadas, bien digeridas (importa menos cuánto se lee que el partido que se saca a lo que se lee), no adoptó nunca la pose culta, sofisticada, que, por otra parte, tan poco juego hubiera hecho con sus humildes alpargatas. Debió de ser, seguro que fue, un hombre de mayor complejidad que la del alegre pastorcillo rimador que se nos ha vendido desde el colegio.

Fue pastor de ovejas en Orihuela, pero también participó en los cenáculos literarios madrileños. Tuvo ilustres protectores, como Neruda, Aleixandre o Cossío, e ilustres detractores, como Lorca, que, por lo visto, le profesó una antipatía profunda (se puede ser mártir sin necesidad de ser también santo). Tuvo esposa y, antes, novias. Fue poeta del pueblo y escribió bellos poemas-arengas (ay, la guerra de nuestros mayores). Fue Miguel Hernández muchas cosas más: fallido autor teatral (la forma de la época de ganarse la vida con las letras), epílogo de Garcilaso y de los poetas del 27 o autor de una poesía escrita como desde fuera del tiempo... Pero lo que para nosotros, como lectores, fue, o debió de ser, es la percepción que tenemos de él de resultados de la lectura de su obra. (Teniendo en cuenta que, como dejó escrito Gil de Biedma, el poeta siempre quiere ser poema).

Todos los lectores para los cuales la literatura no es un simple pasatiempo, una mera actividad evasiva, somos un poco idólatras, un poco fetichistas. Yo, que he leído a Miguel Hernández con devoción suficiente, visité un día, hace tiempo, su casa en Orihuela. Una casa, unas estancias en las que uno espera sentir su secreto pulso. Su estrecha cama de matrimonio, su mecedora, sus añosas fotos de familia, su aparador, la pobre cocina, el patio destrozado con su famosa higuera al fondo... Todo ello dice cosas al lector devoto. Pero lo que realmente habla es su obra, su *Voz en el papel*. En este punto, permítaseme una licencia poética: aunque el papel en el que están escritos sus versos ya amarillea, la tinta de su voz aún está fresca.

Ahora mismo, camino del trabajo, en el tren, estoy parado en Orihuela. Desde la estación de ferrocarril la ciudad es prosaica. Este año, el del centenario de su nacimiento, se han organizado aquí y allá fastos varios, algunos de ellos bastante improcedentes. Homenajear a Miguel Hernández, a cualquier escritor, se me antoja innecesario, cosa de políticos que quieren salir un poco más en los periódicos. Bastaría con leerlo. Todas las efemérides resultan cansinas; la publicidad espanta. Sin embargo, a la iniciativa de escribir misivas le encuentro un encanto que proviene de lo desinteresado del proyecto.

Si la poesía, alejada de la mercadotecnia editorial, fuera del negocio literario (algo que no tengo del todo claro que signifique desinterés de los poetas por el dinero o por el mundanal ruido, sino más bien desinterés del público general por los actuales poetas), si la poesía, decía, se ha convertido por la escasez de lectores en un género para iniciados, la carta es, por la competencia con el correo electrónico, un género casi extinto. Me refiero, claro, a la carta no comercial, escrita en papel, a mano, en la que uno cuenta algo a un familiar o a un amigo y que mete en un sobre franqueado y echa al buzón de correos. Algunos dirán que lo que hacemos al enviarnos *e-mails* y *sms* es escribirnos cartas... Pero –el soporte condiciona el estilo– cartas brevísimas, funcionales y, en resumidas cuentas, sin alma. Yo soy muy antiguo: si alguien me escribe en un mensaje telefónico «Tkiero», pienso que me quiere muy poco, o que, en todo caso, me quiere, pero no me está escribiendo una carta de amor; como mucho, un telegrama electrónico... eso sí, con una ortografía incompatible con cualquier forma civilizada de romanticismo: –Tkiero. –Llo no.

A todo esto, ¿qué hay de la carta al querido muerto? Se me ha ido todo en la introducción, el tren llega a Murcia, donde trabajo y, si no calculo mal, me aproximo ya a la extensión máxima sugerida por las promotoras del estrambótico proyecto. Tal vez sólo haya lugar en este intento epistolar fallido para el encabezamiento. Puesto que la carta debía ir dirigida al poeta, qué tal empezarla y terminarla con un superclásico “estimado amigo”, o con un muy respetuoso “querido maestro”, o con un educadísimo y merecido “querido don Miguel”, sabiendo en este último caso que el don Miguel en las letras hispanas está reservado muy ceremoniosamente al padre del ingenioso hidalgo, pero que resulta muy hermoso y apropiado para anteponer al nombre de nuestro pastorcillo mitológico, de nuestro poeta, tan lozano y, sin embargo, ya centenario. Don Miguel Hernández, o simplemente Miguel. Si tuviera que elegir una inscripción para su lápida optaría por ese epígrafe de Huidobro que dice: «Al fondo de esta tumba se ve el mar».

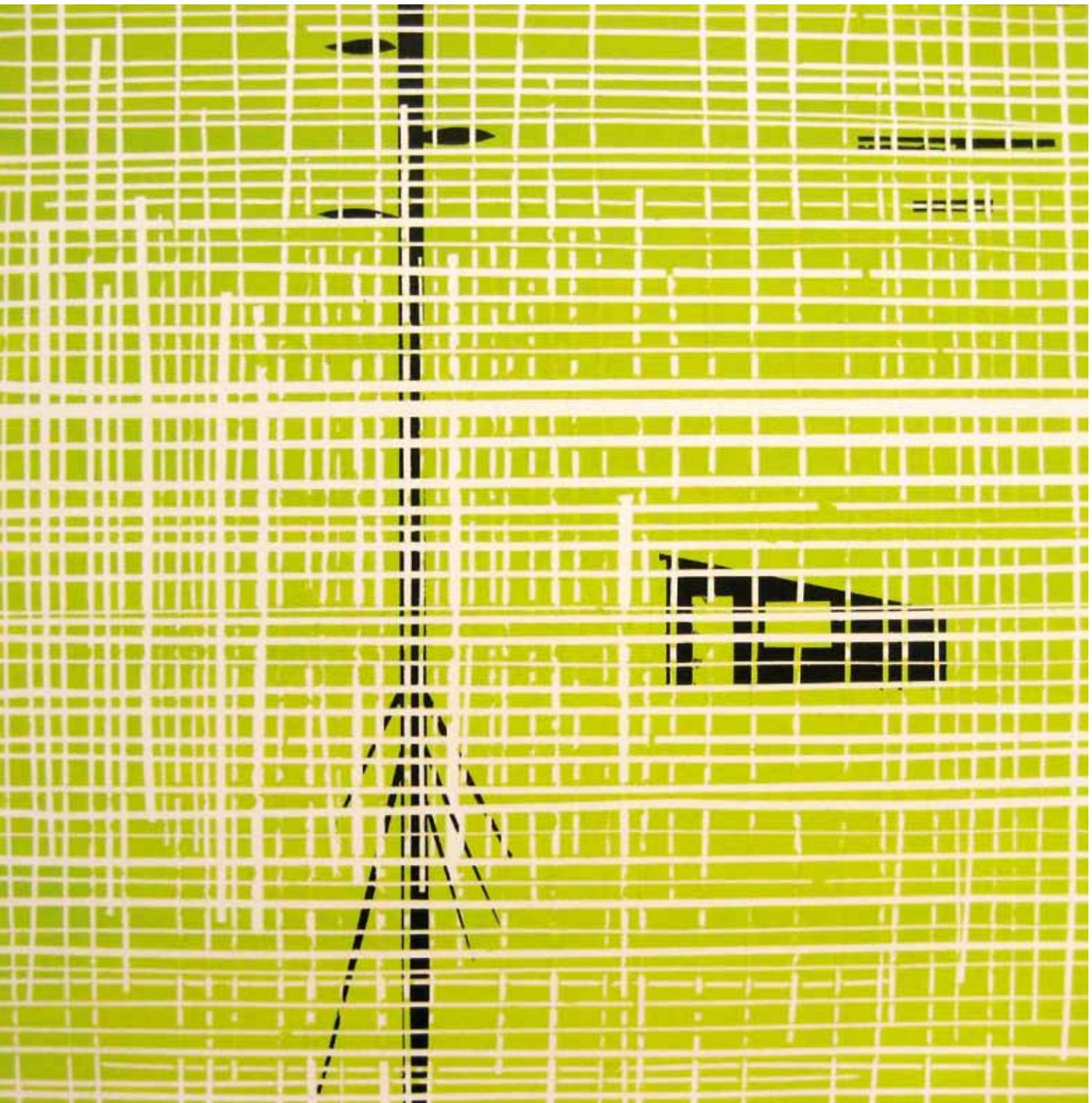


Ilustración : Yamandú Canosa

JORGE BARRIUSO

¿CUÁNDO SERÁ QUE PUEDA?

El palomar de las cartas
abre su imposible vuelo
desde las trémulas mesas
donde se apoya el recuerdo,
la gravedad de la ausencia,
el corazón, el silencio.

Oigo un latido de cartas
navegando hacia su centro.

Donde voy, con las mujeres
y con los hombres me encuentro,
malheridos por la ausencia,
desgastados por el tiempo.

Cartas, relaciones, cartas:
tarjetas postales, sueños,
fragmentos de la ternura
proyectados en el cielo,
lanzados de sangre a sangre
y de deseo a deseo.

Aunque bajo la tierra
mi amante cuerpo esté,
escribeme a la tierra,
que yo te escribiré.

En un rincón enmudecen
cartas viejas, sobres viejos,
con el color de la edad
sobre la escritura puesto.
Allí perecen las cartas
llenas de estremecimientos.
Allí agoniza la tinta
y desfallecen los pliegos,
y el papel se agujerea
como un breve cementerio
de las pasiones de antes,
de los amores de luego.

Aunque bajo la tierra
mi amante cuerpo esté,
escribeme a la tierra,
que yo te escribiré.

*¿Cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo?*

*trabajos de día,
de noche dolor.*

*tintas venían de dentro,
de fuera escritas con sangre.*

Limitaré deseos y esperanzas,

márgenes pondré breves a mi vida,

*¿De cuántos queda y quedará perdido
la casa y la mujer y la memoria?*

porque es de noche

aunque es de noche

vivo en conversación con los difuntos

fuego en el alma y en la vida infierno

Canso la vida y siempre espero un día

*Mil veces callo que romper deseo
el cielo a gritos*

Salid sin duelo, lágrimas, llorando.

Cuando te voy a escribir
se emocionan los tinteros:
los negros tinteros fríos
se ponen rojos y trémulos,
y un claro calor humano
sube desde el fondo negro.
Cuando te voy a escribir,
te van a escribir mis huesos:
te escribo con la imborrable
tinta de mi sufrimiento.

Allá va mi carta cálida,
paloma forjada al fuego,
con las dos alas plegadas
y la dirección en medio.
Ave que solo persigue,
para nido aire y cielo,
carne, manos, ojos tuyos
y el espacio de tu aliento.
Y te quedarás desnuda
dentro de tus sentimientos,
sin ropa, para sentirla
del todo contra tu pecho.

Aunque bajo la tierra
mi amante cuerpo esté,
escribeme a la tierra,
que yo te escribiré.

Ayer se quedó una carta
abandonada y sin dueño,
volando sobre los ojos
de alguien que perdió su cuerpo.
Cartas que se quedan vivas
hablando para los muertos:
papel anhelando, humano,
sin ojos que puedan verlo.

Mientras los colmillos crecen,
cada vez más cerca siento
la leve voz de tu carta
igual que un clamor inmenso.
La recibiré dormido,
si no es posible despierto.
Y mis heridas serán,
los derramados tinteros,
las bocas estremecidas
de rememorar tus besos,
y con su inaudita voz
han de repetir: te quiero.

¿Qué se hizo aquel trovar?

para ganarte, perderte.

¡Oh cuerpo! Hete hallado y no lo creo

*Finjamos que soy feliz,
triste pensamiento un rato*

*Y así es mi fruto
llorar sin premio y suspirar en vano.*

porque la esposa duerma más seguro.

*la flor marchita
de la su cara*

Pagará el hospedaje con la vida

serán ceniza, mas tendrá sentido,

*Aquí no veo
sino morir con deseo.*

*Recuérdate de mi vida,
pues que viste
mi partir y despedida
ser tan triste.*

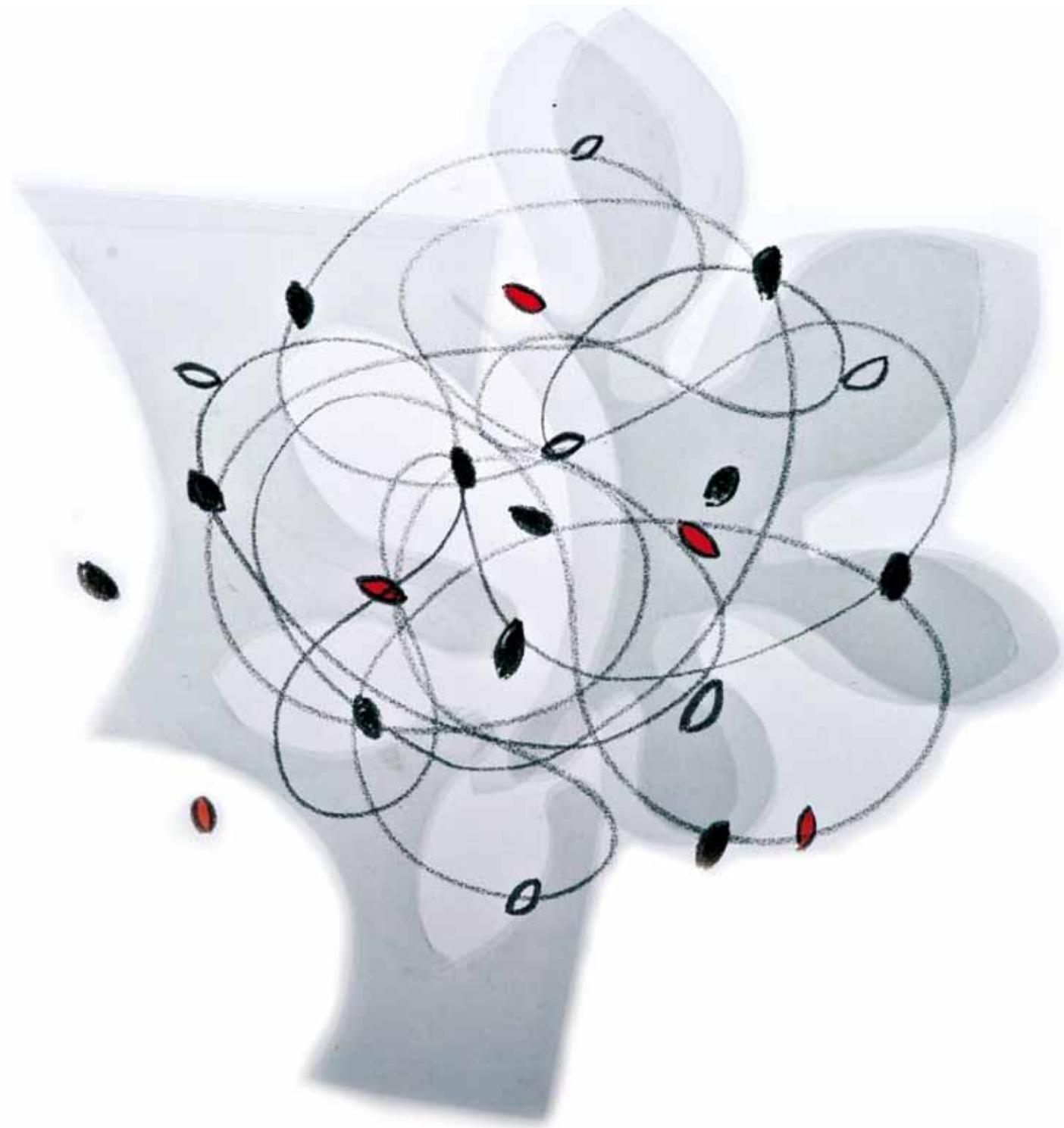


Ilustración : Yamandú Canosa

PEDRO FLORES

EL POETA AL QUE NO LE GUSTABAN
LOS CORONELES NO TIENE QUIEN LE ESCRIBA

Pasó la estación de las cebollas
y Josefina no escribía.
Al pueblo lo partió el rayo, lo barrió el viento
y Josefina no escribía.
Te escribían los dinamiteros, los aceituneros,
los niños carne de yugo con la sangre de sus bueyes,
todos te escribían pero Josefina no escribía.
Se escaparon por el mundo
los toros castigados, los leopardos de la pena,
se murió el tipo de los sellos de la carta que esperabas,
se murieron todos los muertos del cementerio
menos tú,
detonaban las últimas bombas de la guerra
y Josefina no escribía.
Los tinteros son piezas de museo,
los poetas son piezas de museo,
joder, tu misma casa es un museo
y Josefina no escribía.
Entonces se murió Josefina, la muchacha
que se moría de casta y de sencilla,
y registramos su alacena y su costurero,
los bolsillos de su ropa negra,
las macetas del patio, los atlas de la ternura
buscando la carta que ella nunca escribió,
o que escribió mil veces
con la invisible caligrafía del desconsuelo
y rompió otras tantas con la rabia sorda
de las amantes abandonadas.
Llevamos toda la vida esperando
que recibas una carta;
realmente nos creímos
que responderías a esa carta.
Sólo ella sabía
que los muertos no escriben,
que era otra argucia del amor,
otro truco de poeta.



VERÓNICA GARCÍA

ESTA CARTA SIN OJOS

Esta carta sin ojos es para tu lengua en corazón bañada, para tus golpes. Pocas cosas han cambiado: hay cuchillos en el aire, la emoción sigue siendo del toro y la guerra del hambre, crecen las mismas cicatrices en el cielo cada día. Los campesinos han sacado a Dios de los trigales, el mar muere en el agua y la novia viste de seda sus mejillas de nácar. Neruda te ha escrito y Lorca le ha contestado en tu ausencia.

Truéname, levántate y cuéntame del hijo y la rueda de tus brazos en su pelo, ahora que el pozo se desborda y a mí me falta un cuerpo, veo el suyo volar hasta la aurora. ¡Sálvame! que aún tiene quien le quiera.

Para la libertad han volado los puentes, han traído tristes armas hombres tristes. Dile a Vicente que han sembrado Espadas como labios en las bocas de mañana. Pocas cosas han cambiado Miguel, ni los nombres de las calles ni las naranjas. ¿Recuerdas los chopos? ¿El silencio bajo las higueras? ¿Tienes hambre? Si ves a Ramón Sijé, dale recuerdos. Nunca te lo dije, pero tuve celos de las manos de Delia y de tus paseos con María por el Claro del bosque, pero te perdonó que les hayas dedicado un poema.

Cuando hablo el idioma de la tierra me crecen alacranes, hazte cargo tú de mi voz y de mis ganas. Sé que gozas de la muerte día a día, en ti culminan mis sombras y después de tu amor nada.
Recoge esta carta en los palomares.

No puedo olvidar
que no tengo alas,
que no tengo mar,
vereda ni nada
con que irte a besar.

Tuya,
Josefina.

JORGE DE ARCO

VERSONS DOLIENTES PARA MIGUEL HERNÁNDEZ

«En un rincón de carne cabe un hombre».

Miguel Hernández

Ahora el luto soy yo,
el eco de la lumbre derramada
en noches que no fueron
mías ni de mi dios.
Una mancha de instantes malheridos
tapiza las ausencias que sostienen
los cóncavos espacios del deseo.
Sabe a muerte mi boca y a resina
de árboles caídos, a crepúsculos
al filo de otras lunas ignoradas.

En un rincón de carne cabe un hombre,
un pedazo de nada, alguna esquina
última de su cuerpo y el desdén
por el que haber nacido nos otorga
la sed de tanto daño.
He visto lo que vale
una vida, una lluvia y un tormento
sin vuelta atrás. He visto cómo arrancan
los frutos de las tierras más rojizas,
cómo salpica el duelo la bondad,
cómo las amapolas se hacen odio,
cómo un niño se muere en el invierno.

Mi infancia tuvo almenas
desde donde poder ver paraísos,
castillos de silencio que aún susurran
en la cuna soñada de mis ojos.

Iba por la ladera de la sombra
y un sol sin brillo despejaba el cielo
de memorias recientes,
daga *buída*, dardo
funéreo,
que se clavaba
en la deleble piel de la inocencia.

Y era como si todo lo vivido,
lo que empezaba a alinearse justo
debajo de la sangre,
fuera formando ya esa leve pátina
que amarillece las fotografías
donde una mano plena de ternura,
que no capta la cámara, serena, te sostiene.

En un rincón de carne cabe un niño
que hombreó de repente y ya no es nada,
y ya no es nadie, pero está, y alienta,
y levanta en sus manos un espejo impreciso,
una luz que se apaga.

Si haber crecido es esto, doblegarse
ante las brumas y las alas rotas
del ángel del olvido,
dibujar añoranzas y naufragios
en mis venas abiertas,
por qué no ser
para siempre marea desnuda de otra orilla,
corazón devorado entre los dientes
de una breve existencia que camina a extinguirse.

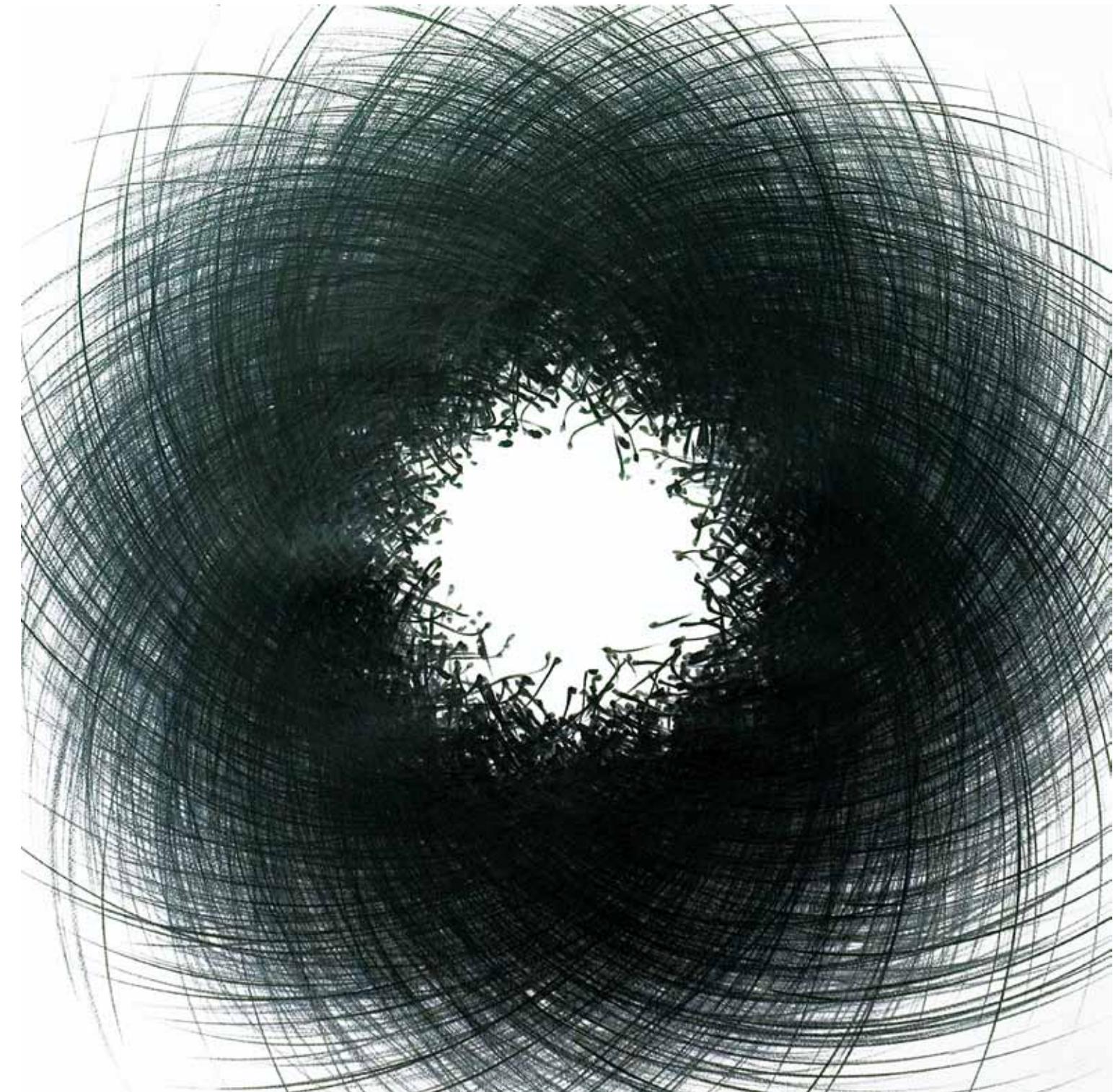


Ilustración : Carmen Perrin

VANESA PÉREZ-SAUQUILLO

EN UN TEMPLO DEBAJO DE LA TIERRA

En un templo debajo de la tierra
nacen los huracanes
y las flores
que el hombre no comprende.

Amor, amigo, hermano,
ser querido drenado por la lluvia,
empiezan nuestras cartas.

Espirales de pájaros,
columnas por donde el aire canta
todo lo que perdimos
debajo de la tierra. En un templo

palabras que nos dieron,
palabras que nos recogerán.

No nos cabe la muerte en este sobre,
Miguel,
en ningún sobre.

Huracanes de aliento,
esperanzas que se abren con el día.

En un templo debajo de la tierra
donde tú aguardas,
tus lápices dibujan,
comienzan

—amor, amigo, hermano,
ser querido a cobijo de la lluvia—

tus respuestas.



Ilustración : Silvana Solivella

SANTO JUAN
QUIÉN ME DIJO QUE EL MAR TE DORMIRÍA

Quién me dijo que el mar te dormiría
Quién que tus huesos serían playa
Quién te bebió en la taberna de la luna
Quién
¡Quién!
Quién...

Quien pudo desaparecerse tanto
hasta la esperanza
me escatimó

Quién me atemorizó con descubrir que no
sólo cae en el poniente el sol

Sólo tus versos anclarían en mis labios mediterráneos

Sólo y sin saberlo y
solo como una diosa enajenada amaneces siempre que te necesito

Ilustración : Carmen Perrin



RODRIGO GALARZA

LEJANO AMIGO

Lejano amigo

Lloverá por fin, viejo amigo,
y ya no habrá huesos que no blanqueen su verdad

ya no ardes en esperanza porque la última sílaba se enfrió en tu boca
con el fulgor de un jazmín extinguido desde antes
pero la lluvia traerá otra vez tu desnudez abierta a las estrellas
y silenciosos sobre tu pecho
los fusiles desatarán la soñada tormenta de pólvora,
tu pecho horadado por horas impías: pastor de mansedumbres
altivo trashumante de colinas donde sólo la hierba
daba testimonio de lo que había sido escrito con sangre

Lloverá por fin, viejo amigo,
dicho será lo que decían tus vísceras
que desorientaban a los augures de capa y espada
a los que bebían vinos feudales y les desesperaba
tu hermandad del humus con las nubes

Lloverá por fin, recóndito amigo,
y quizá al fin pueda darte un breve abrazo
transparente y liviano como una libélula
como el fulgor de un jazmín

habitando nuestras manos



Ilustración : Daniel Ybarra

JESÚS JAVIER LÁZARO
SERÉ SONIDO DEL VIENTO

Seré sonido del viento,
el viento será tu mano,
sus ojos que te levanten
los cabellos de nostalgia.

Son árboles bajo piedras,
florecen, hablan y piensan,
los que bajo tierra duermen
la paz que a los vivos falta.

Y cómo decir que tú estás
donde yo ya estoy callado
haciendo más y más grande
el corazón de la tierra.

Si tus besos fueran aves
que al agua vinieran a beber,
pondría mis labios al sol
para llenarte de sed.

Ilustración : Carmen Perrin



SILVIA RODRÍGUEZ

DESTINO HERNÁNDEZ

Sueño con la piel de los muertos
con tu piel roja, tu Sentencia de Tuberculosis
y tu voz libre de enfermedad

sueño con tus palabras de pana
tus versos sin amortajar
y los taninos de tu boca

inalterable al rayo inclemente
no te soborna estiércol humano
tú correspondes a la Tierra
hasta la última carta

sueño con tus ojos
abiertos hasta la muerte

Ilustración : Silvana Solivella

CECILIA DOMÍNGUEZ LUIS

INTENSAS SON LAS CARTAS

Intensas son las cartas que nunca recibimos, como esas que aún envías, Miguel, desde la tierra, o las que quedan mudas, entre los cuatro puntos del deseo:

allí donde se cruzan las horas y el relámpago.

Mas las que no escribimos son aún más intensas, pues permanecen cerca de unas manos que esperan la salida del sol para entregarse.

Revive entonces el temblor del día que hace que callen lápices, papeles, teclas dispuestas a un primer saludo. Y pienso que no cabe en una carta el mundo; que es inútil, que nadie se hará eco de ese sueño que firmo –la posdata como arrepentimiento–, y me quedo mirando el macizo que surge de un mar que nos separa.

Hemos sido empujados, con el azar a cuestas, para que ahondemos solos en todos los naufragios –ese perderse en busca del fuego y la ceniza, o en las sombras que afirman nuestro exilio.

Pero he de responderte y no sé cómo, tras los barcos que zarpan, en el tiempo que fluye sobre mí todavía, desde el rincón que guardo para mis horas tristes, en la ventana abierta por donde irrumpen el alba.

Porque tu carta sigue, como un *clamor inmenso*, ahondando en las heridas, y es preciso saberte por encima del tiempo y de las cosas.

Aquí siguen viviendo canarios y palomas, y brotan los racimos de vid para los días en que los ojos se anclan en un fondo de lunas; y se vive, se muere, se extravían los pasos, mientras manos de niño elevan las cometas a la altura del sueño.

Aquí, desde esta ausencia que nos dejan los días, para oír más cercano el latir de la tierra, te escribo mientras suenan las sirenas que anuncian la gozosa partida de las naves, con las proas cubiertas de mariposas blancas.

En el papel se tejen palabras y deseos, urdimbre que despliega sus alas por buscarte. Si acaso la recibes, sabrás que, aun bajo la tierra, sigues siendo el *mañana que jamás se termina*.

Hacia la libertad vuela la noche.

Ilustración : Yamandú Canosa





EDUARDO GONZÁLEZ ASCANIO

CARTAS

I

Para tu cuerpo lleno de buzones
solícitos, la tinta enrojecida
de mi sangre cantora te convida
a un nuevo anochecer de borbotones.
En cada letra impongo torreones
de contención y espera repetida
aplacando la zarpa y la embestida
de una constelación de corazones.
Firma con tus lunares la respuesta,
sopla sobre la tinta con tu viento,
puntúa con los labios cuarteados
de tanta ausencia fieramente impuesta.
Un grito de papel traerá tu aliento
en sucesión de anhelos confirmados.

II

No esperes a que muera
despliega tus reglones en papiro incesante
somos el más allá de las generaciones
de antes y de después
No des lugar a que en tierra
y en medio de una escombrera de difuntos
restos entremezclados me hablen de ti,
como jirones de misivas confiscadas
con ayes troceados
y balbuceos de promesas rotas.
El antes y el después
fertilizan la tierra por igual
todo en la tierra es ancestro
Sólo la eternidad
que condensamos en jadeos ausentes
tienen destino cierto
calle, número y nombre inconfundibles.

III

*No quieras enviarme
de hoy más mensajero
que no saben decirme lo que quiero.*

San Juan de la Cruz

IV

*Por aquella palabra de más que dije entonces
daría mi vida ahora.*

José M. Caballero Bonal

Por aquella palabra de más que escribí entonces
por aquella bomba retardada que, incauto, se tragó el
buzón
por el viaje irreparable que acabaría en tus manos
por la vigilia tensa de anticipación y duelo
por el veneno en tinta camuflado, ajeno
a la conflagración final entre tus lágrimas,
por aquél no pensar que me llevó a la muerte
brinda conmigo ahora.

V

Ni las líneas de mi propia mano
ni las borras del vino ablandando su corcho
ni el resto agorero que deja el café...
ni el humo que imita tu rostro
ni el susurro nacido en mis tímpanos
ni el propio silencio
ni el secreto en las manchas de la luna
ni el vuelo del cuervo más oscuro
ni la espuma que atraviesa las playas
ni los partes de guerra, ni la llamada a misa
ni la orquesta que entiende a los locos
ni el honesto recado, ni la prueba más clara
ni yo con los ojos abiertos
ni tú tan siquiera
ni tú sin tu letra:
te faltaría el hábito de hablarme
hablándote a ti misma.

Quedarían las cartas en ceniza ilegible,
las palabras ahogadas en el estertor,
los huesos esparcidos en hoyo impracticable,
los asesinos libres y desconocidos,
y aún así,
en el aura imprecisa de un crepúsculo,
en el sol sobre la sementera,
en la insistencia de la acequia oculta
y en la ceguera del deseo imposible
podría reconstruirse con exactitud
el ADN de lo que te quise.



FRANCISCO JOSÉ SEVILLA

BOCA

A Miguel Hernández, por su vida

¡Qué clavel de carmín torreas y desordenas, ¡tú!;
Qué ilógica tintorería de pulpas zafas y desvistes,
Qué ángeles, quizá humores, reinen la carne del sol,
Qué sospecha de alas y qué imaginaria perfuma
de la flor de la entrega, la flor de la búsqueda!

Y la araña de la tarde en las musarañas del sueño. Miguel
Hernández. Miguel Hernández. Miguel Hernández, Miguel.

¡Qué labioseo billywilder de espigar sobre la espuma!
¿Q spiralíneas hashmaquias botafumeiran & fumeiran?
¡Q muscular alegría del corazón anular desnuda la risa!
¿Lucha? ¡Qué ámbito, q victoria del beso infiel a la muerte,
Qué tarea y qué verde hacha lasciva de impares alisedas!

¡Qué tempestad de mañanas, qué pulsar adivinanzas
de pescados y flores, chambas de figuritas y fondos!...
Qué carambolas de estrellas sin martillos de arcángel,
Qué arcos de naves y sendas del sí; ah! Dulce nunca!

Miguel Hernández, Miguel Hernández, Miguel...

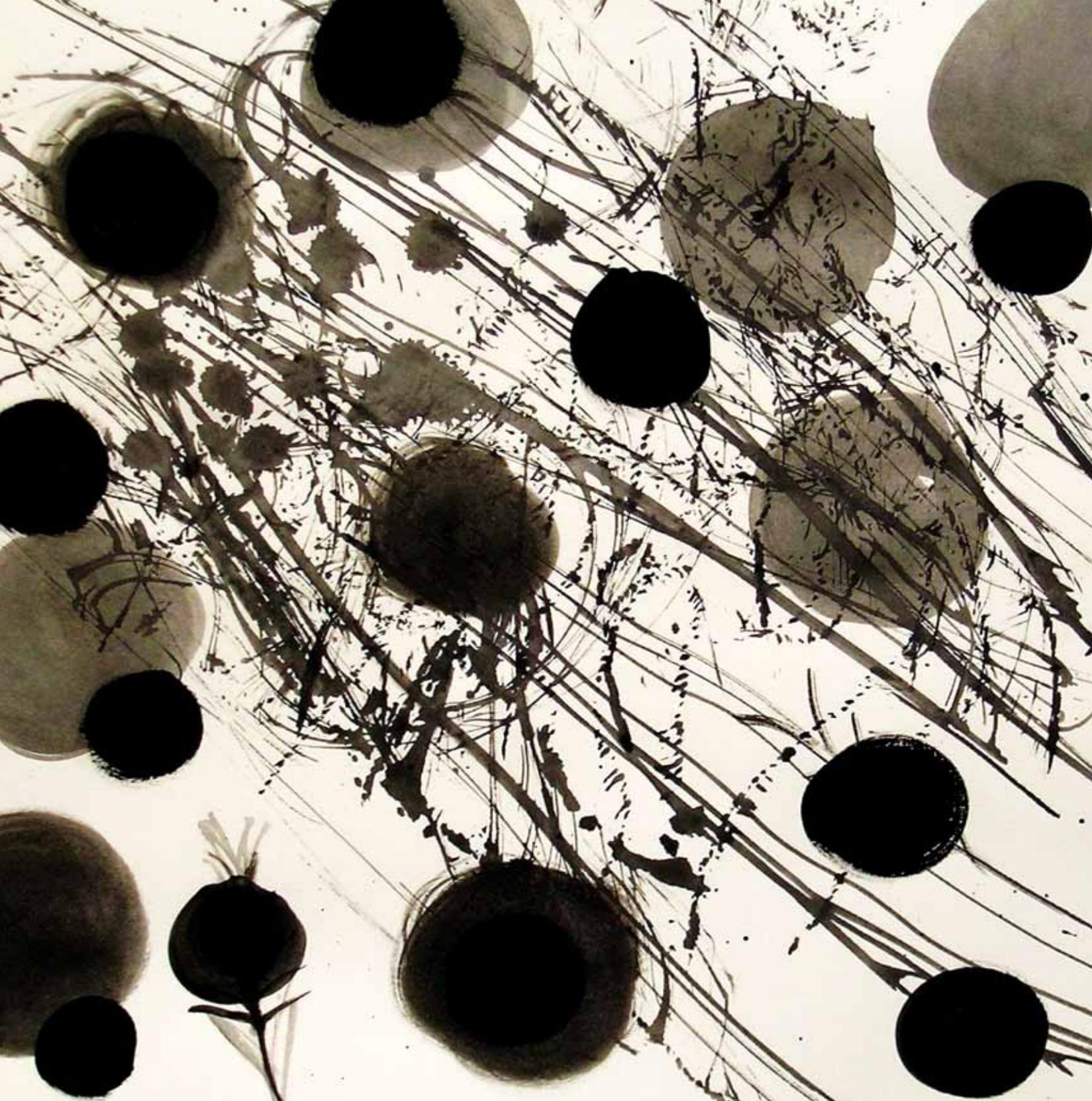


Ilustración : Silvana Solivella

IGNACIO DEL VALLE
LA TOLVANERA

Yo soy de los que se dejaron deslumbrar por aquello del carnívoro cuchillo de ala dulce homicida, Miguel, y por aquel otro aquello de tu corazón, una naranja helada. Yo soy de los que me emborraché con tus signos de cielo y barro, con tu síntesis de altura lírica y verdad cotidiana, con tu ritmo alado y cables a tierra. Soy de los que me reflejé en tus contradicciones, en tus perplejidades, en tu desolada belleza. A mí se me quedó aquello. El estremecimiento, el impulso épico, el lamento, las lágrimas que impedían que el dolor nos dejase ciegos, aquella manera de nombrar no persuasiva, sino contagiosa, no doctrinaria, sino de testigo. Era lo que yo podía entender, lo que me lamía el alma y me rozaba. El impacto levantó tal tolvanera a mi alrededor que tuvieron que pasar los años hasta que el polvo se depositó en el suelo y pude ver, nombrar yo mismo con palabras como pathos, como intuición de la vida y de la muerte, como sentimiento y asombro, dulzura y vacío.

En una época en que la gente era perseguida en todos los idiomas, en que todavía había un pueblo y no un censo electoral, tú echaste la pierna para delante, cargaste la suerte. Todos aquellos sueños flotando como corchos en un mar de sangre, la realidad fungible, las letras trabajadas a puñal. Las ideas, que si no se renuevan pueden enfermar y corromperse, transformándose en patologías sectarias de la mente y el carácter. Al final la sed junta a amigos y enemigos, y ante las grandes obras soplará siempre la reacción del cazador en busca de presas, un sentimiento imposible de codificar intelectualmente que sopla desde el paleolítico, en noches de luna llena ante el fuego.

La emoción.

No es más que la emoción, Miguel.
Ante la dignidad y el buen gusto.

JOSÉ MARÍA PIÑEIRO GUTIÉRREZ

QUE NO HAYA MENSAJES A LA DERIVA

Si la memoria es el latido cautivo
de textos anónimos,
cuando leas mi verso,
descompondrás las inercias del documento,
resucitarás mi aliento,
vivificarás lo que nos dijimos,
y volveremos al presente, al origen.

Si en un instante cabe el pululante mar,
sobrará que leas mi verso errante
para que las correspondencias se articulen
y sepamos qué universo
es el que todavía no hemos perdido.

Si a través de lo escrito podemos hablarnos
y sentirnos en el frondoso centro de la rosa nupcial,
si el poema hace nuestro
los mundos que conjeturamos,
una ventura de luz súbita
dispersará las simas del espacio y del tiempo.

Si, más allá de cualquier discurso,
poesía y verdad se identifican,
léeme para que nos sepamos corriente única,
para que las palabras no rotén en vano,
y la promesa que sostuvieron,
cuando nuestros cuerpos se amaban,
vaya vislumbrándose
sobre el horizonte esclarecido.



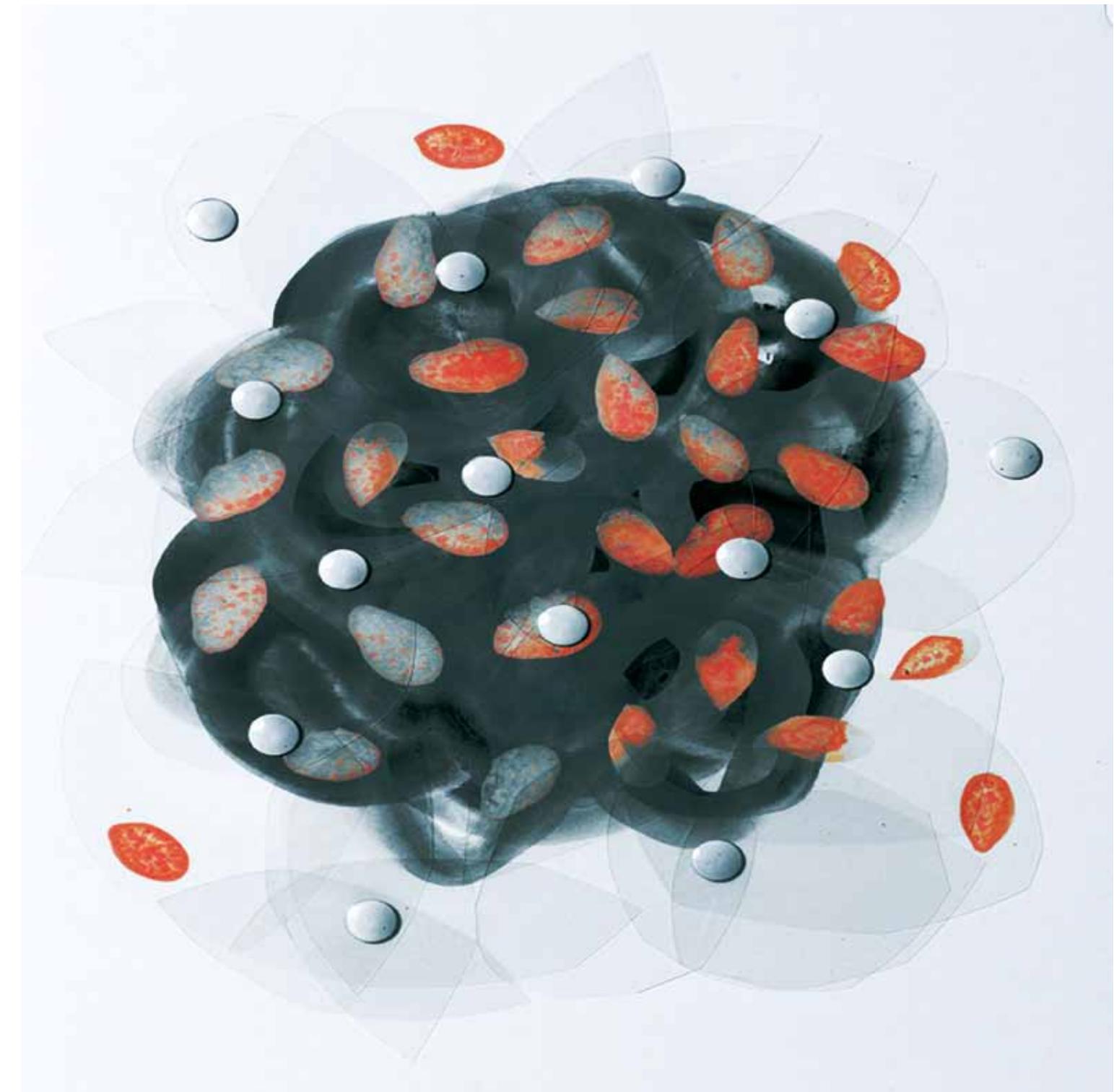
Ilustración : Carmen Perrin

MANUEL BORRÁS

QUE SUS POEMAS NO SEPAN QUE HA MUERTO

Siempre pensé que la poesía era un modo de ponerse en contacto con quienes en apariencia no estaban. O vamos a decirlo de modo más directo y brutal: con los muertos. Los versos de Miguel Hernández escogidos –«Aunque bajo la tierra / mi amante cuerpo esté / escríbeme a la tierra / que yo te escribiré»– así nos lo señalan, pues no hay ninguna acción que no haya sido prefigurada por alguien que ahora esté, según nuestra razón, muerto. Tengo para mí que tanto en este caso como en otros muchos de menor relieve, por ser menos conocidos, siempre hay que considerar la posibilidad de que los muertos, fatigados por el anonimato y la invisibilidad, se mezclen con los vivos. Tienen ese derecho. Y para eso está nuestro corazón, para recuperarlos, para, si se me permite decirlo, resucitarlos, porque es el corazón el único que nos consiente ignorar la noticia de su muerte, otorgarles a través de nuestra memoria la vida eterna que merecen. Como dijo alguien: que sus poemas, los de Miguel Hernández, los de cualquier otro poeta, no sepan que ha muerto.

Ilustración : Daniel Ybarra





JUAN CARLOS MESTRE

NO PASARÁ EL ALIENTO DE LA MUERTE

No pasará el aliento de la muerte, no pasará la cólera homicida, no pasará la herida y la mordaza, ni la humillante espada destructora, ni pasará el yugo y el dinero, sobre la obstinada sombra esclava de los huesos. No pasarán los odios, ni pasarán las guerras sobre la patria turbia en la penumbra. Entrarán los cuerpos en desnudos cuerpos, los perseguidos rodarán de nuevo hasta sus camas. No pasarán, y ellos no serán nunca los vencidos.

PAULA NOGALES ROMERO
A MIGUEL HERNÁNDEZ, POETA



Cliché inverso que desmorona el tiempo,
como un viejo retrato de familia
en un país regido por fantasmas:

más que la sangre huida de tu boca
me hiere tu esperanza amortajada,
sonrisa que el papel volvió amarilla.

Relojero exacto de la poesía,
la danza de los astros se acompaña
cada vez que unos labios te redimen;

escolares recitan la elegía
sin sentido, y hay hombres que bucean
en tu verbo buscando sus raíces,

hombres oscuros que piden más que dan
te exigen grialas
para justificarse en la derrota.

A este lado del ring, la muerte, sucia
celestina celosa de tus años
(sólo un ingenuo la vería hermosa),
verdugo medieval de tanta infancia
amada.

No quedan paladines que la reten.

Perdiste, Miguel, y ya no hay justicia
 posible: los versos no curan fiebres
 letales ni alimentan a los niños.

La simiente fecunda del fracaso
invadió un millón de almas: tu herencia.
Cada antología es un naufragio.

MARTA SANZ PASTOR

HUESOS

Vemos este paraje y sería difícil precisar en qué momento surgió. Cuáles fueron las primeras manos que levantaron el primer muro y sembraron una higuera que diese buena sombra. En este lugar no había un castillo, una defensa, que a sus pies propiciase el asentamiento de los artesanos, de los mercaderes, de las parteras. Hongos bajo la majestuosa sombra del pinar que no es verde, sino negro y gris ceniza. En este lugar no existe una vega fértil, un río, en cuyas orillas unas manos sembrasen huertos de melones, amoratadas patatas para alimentar a los niños y a las bestias, matas de tomate, zanahoria. Aquí no hay una veta de oro, ni siquiera de carbón, una cantera de minerales arrancados de las faldas de las montañas, una herida en la piel –áspera, húmeda, cuarteada, pilosa– de la naturaleza. Entonces, es tan difícil precisar quién levantó el primer muro, de piedra o de adobe, quién decidió encalar la primera fachada o dejarla desnuda o esgrafiárla con dibujos geométricos del color de la sanguina.

Vemos este paraje y, por más que pudiésemos rebobinar como si la memoria fuera el cabezal de una antigua casete, no se nos ocurre qué tipo de viajero –tendría que ser un caminante, no podría haber llegado hasta aquí en coche de línea– se aparearía en este páramo para construir una casa, fundar una familia, cavar un pozo, criar conejos en jaulas y cercar un corral para gallinas ponedoras. Aunque nuestra cabeza fuera una cámara cuyas imágenes después se pudieran proyectar de forma acelerada, hacinando los siglos y las estaciones, precipitándolos, no identificaríamos a ese colono que poseyó la tierra con sus instrumentos y le dio forma, la embridió, sin una voluntad concreta, mordido tan sólo por el propósito esencial de poseer lo necesario, aunque más tarde amontonara otros propósitos y quizás fabricase una bolsa de cuero para ir haciendo tintinear dentro de ella las monedas que fuese acumulando. No encontraríamos la primera fotografía de este paraje modesto del que tampoco sabemos hacer vaticinios sobre cuándo acabará ni nos preguntamos por qué permanece o quién vino después de ese primer poblador para convertirse en un vecino: en un enemigo –es lo más probable–.

Ahora, este lugar, un pueblo con treinta o cuarenta casas, algunas vacías, otras sorprendentemente habitadas por personas y objetos imposibles –el arcón y el microondas y la antigua azada y el ipod y un duerno que ahora es un macetero y la nevera, la televisión de pantalla plana, los alicates, un perro desparasitado, ropa de invierno, gorritas y garrotes para caminar por el monte y recoger tomillo– es un lugar quizás gris o de un blanco sucio, sobre el que destaca, como en una bandera o en un lienzo de Marc Rothko –últimamente nos hemos interesado por los servicios secretos y la pintura–, la franja del cielo azulón. Azul que se cae sobre las cosas y daña la vista y mata a los pájaros que se atreven a volar a las cuatro de la tarde.

Desde una fecha estival de 1936 lo sabemos todo, lo vamos archivando desde los orificios de la tierra porosa, nuestros ojos y nuestros oídos, nuestra biblioteca y nuestras tablillas de escritura, cerca de

aquí pero fuera del recinto del camposanto. Sabemos de la llegada del hombre a la luna y de la telefonía móvil, de la comida precocinada y de los antibióticos. De las maquinillas eléctricas para afeitarse y de los relojes digitales Casio. Todo nos fascina. Nosotros no éramos oriundos. Éramos de otra parte. El cementerio de este lugar, del que ignoramos quién estrió por primera vez la tierra, quién fundó sus surcos –y lo ignoramos porque hacia atrás no hemos aprendido a ver–, el cementerio de este lugar es de tamaño medio, ni enorme como la Almudena, urbanización de muertos, una colonia tan descomunal como los panales del barrio de la Concepción, ni demasiado pequeño como esos cementerios que parecen escondrijos, un jardín de sombra y musgo en una manzana de edificios de viviendas.

En el cementerio de este lugar, los nombres se repiten en las lápidas con distintas y cómicas combinaciones que levantan la sospecha de que las hermanas se casaron con los hermanos y las tías levantaron las mantas que abrigaban a sus sobrinos pequeños para enseñarles lo que era el amor y las ciencias de la perpetuación y de la vida, los líquidos que somos y de los que nos alimentamos y que después se filtrarán por las rendijas de los ataúdes y alcanzarán las corrientes subterráneas que fertilizan minúsculas huertas. De las lápidas con sus nombres y con sus retratos ovalados de difunto, sacamos la impresión de que todos los habitantes de este pueblo, de gentilicio imposible, se parecen. En el filo agujeño de la nariz y en las hundidas cuencas de los ojos. En otras fotos ovaladas de muerto, cambia el fenotipo y el iris es aterradora mente transparente, invisible en el blanco, ojo de ciego que tantea el tronco de los árboles para no caerse por la torrentera donde los ancianos recolectan el té.

Los mismos nombres en distintas lápidas como si cualquier lugar quedara lejísimos, en otro mundo; como si para llegar al siguiente pueblo fuera necesario montar en una nave espacial –nos impresionan– y santiguarse murmurando un «que sea lo que Dios quiera» manchado de visiones de escayolas y de agujas y de férretros nuevos que minarán el camposanto. Como si sobre los extranjeros que, distraídamente, hubieran pedido posada para pasar la noche, para sopesar las ventajas y los inconvenientes de abrir por aquí un negocio y palparle las nalgas y los pechos a una buena hembra; como si sobre esos extraños, que se creían tan emprendedores y eran tontos de baba, se cometieran actos de canibalismo o una conspiración que les impidiese quedarse demasiado tiempo en este secarral. Los mismos nombres con sus combinaciones, cosidos a punto de cruz sobre distintas lápidas, nos susurrarían leyendas genealógicas de jorobaditos y hechizados y cheposos y hemofílicos y tartamudos. Una porción del mapa, pintada de azul, donde un sacerdote, cargado de paciencia, haría experimentos con guisantes amarillos y con guisantes verdes. Un reino de reyes descendientes de la estirpe de David que criarián los cerdos, delante de los inquisidores, para ser perdonados por sus incógnitas culpas. Nuevos cristianos que colocarían en sus enterramientos las cruces más voluminosas que, hoy, nos permiten localizar a los amos de este pueblo sin estatua al primer explorador que dejase una huella sobre su superficie lunar. Gélida y abrasadora.

Es verano. A lo lejos se escucha el chapoteo y los gritos de la piscina municipal. Huele a cochiquera y a cloro. Una mujer ha bajado de un taxi que la trae desde el pueblo vecino, cabeza de comarca, donde se ha apeado del autobús que llega desde la capital cada día a las tres y media. Viene a desenterrar huesos.

ANNA SANCHIS CAUDET

TE ESCRIBO A TU TIERRA MUERTA

Te escribo a tu tierra muerta,
muerta porque te lleva dentro,
para vaciar la mía,
que absorbe mi humedad
y mi costumbre,
por lo de siempre.

Lo de siempre, que no es más
que lo que tú con rabia llamas
las tres heridas:
la herida de la muerte,
la herida de la vida,
la herida del amor.

La muerte a la que temo,
cuando se trata de la muerte
de los que yo más quiero.

La vida a la que trato mal,
como si fuera una exigencia
vivirla.

El amor que me da muerte y vida,
unas veces a cuentagotas,
otras en vasos de tres decilitros.

Tu infierno fue fruto de las sinergias de tu época.
El mío, junto con
mi muerte, mi vida y mi amor existen porque yo los alimento
con mi torpeza y mi ceguera,
con mis quejas y mis retos,
con mis vanidades.

Es cobarde hacerle confidencias a un muerto
que bajo la tierra nunca juzga.

Pero sé que ahí estoy yo
donde tú reposas,
que yo sí puedo oírme.

Y preparo mis noches
bajo esa misma tierra,
esperando notar sobre mis huesos
el frescor de una gota,
de aquellas letras húmedas
que escribo ahora
y sabré que escribí.



Ilustración : Yamandú Canosa

ELSA LÓPEZ

CANCIÓN DE CUNA PARA DORMIR BAJO TIERRA A MIGUEL HERNÁNDEZ

Y allí te escribo y te cuento del alma
y de las penas de aquí arriba,
y del mar y sus extrañas costumbres,
y de cómo te añoro, a veces,
cuando te recuerdo y escribo
sobre asuntos diversos de amigos y tristezas
que ya no me acompañan.

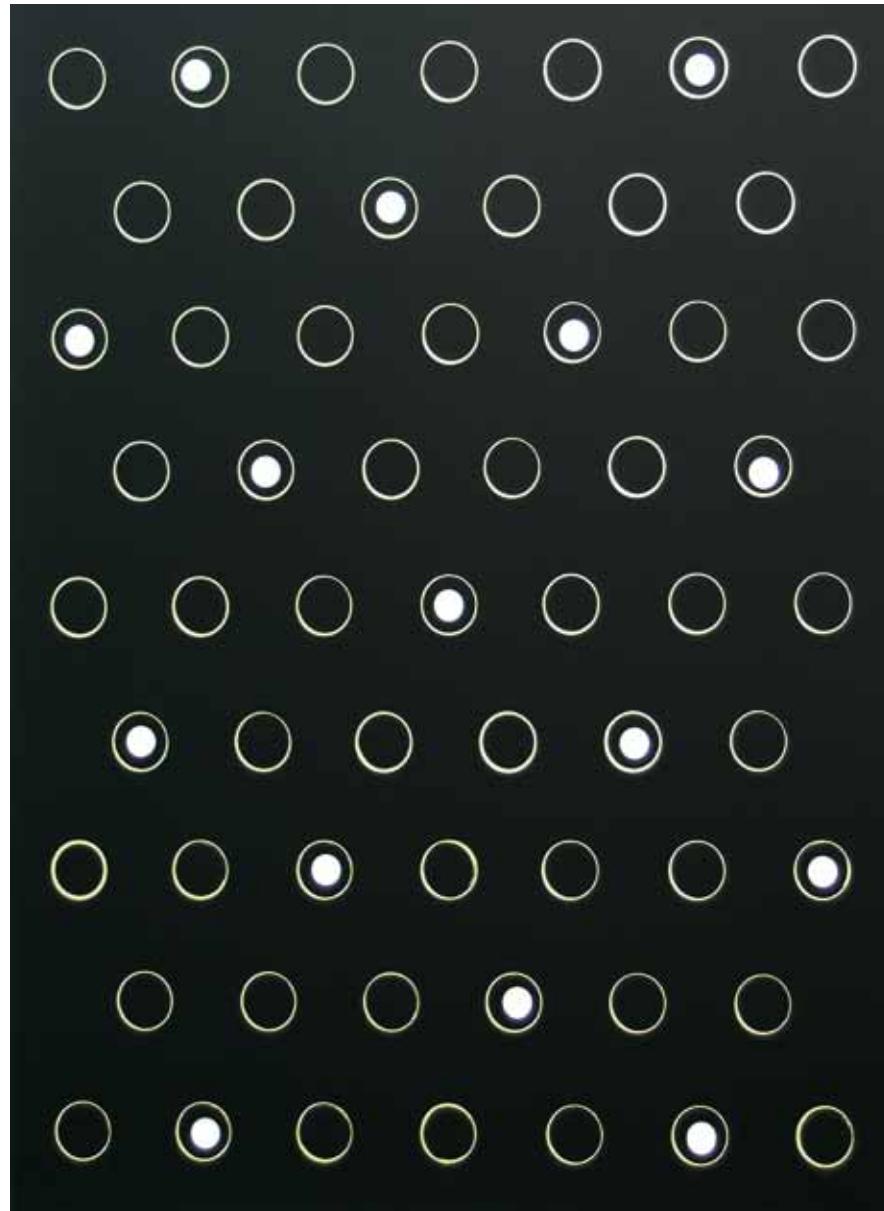
Y de la alegría que siento al recobrar tus versos.
Que sólo he conseguido memorizar los tuyos.
Que he dormido a mis hijos y a los hijos ajenos
con la ternura a capas de tu vieja cebolla.
Que he enseñado a mis hijos y ahora enseño
a mis nietos esos mismos poemas.

Y no te olvido, Miguel. Nunca te olvido.
Como si volvieras a estar entre nosotros
y tuvieras un sueño y una pena tan honda
que debo remediarla. Y por eso los versos
para acunarte, vivo, en la cuna de hierbas
«que ocupas y estercolas, compañero del alma»

Y por eso esta rabia que me vuelve a la sangre
como si no hubieras muerto y yo fuera de fiesta
con tus viejos poemas bajo el brazo
a leerte de frente, de batalla en batalla,
acosada y herida por quienes te ocultaron
la tarde, las llanuras, el verde de las ramas,
y todo lo que un día abarcaron tus ojos.

Y por eso, Miguel, me he sentado en silencio
al pie de tu ventana, esa que da a la tierra
donde reposan bocas, estrellas y miradas
que un día te cubrieron la frente y las tormentas
y te dieron su luz para alumbrarte el alma
y aplacarte las noches de oscuridad cercado.
Y me he quedado quieta para escuchar de nuevo
el rumor de tus pasos al compás de los míos.

La tierra ya no es tierra. Es una manta tibia
que te acoge en sus pliegues y te da la ternura
y te devuelve el rostro y la voz y la risa
que un día te robaron. Y, mientras tanto,
escucha, nosotros, aquí estamos.



CORIOLANO GONZÁLEZ

TESTAMENTO

Aunque bajo la tierra ya no haya dentelladas
para romperse en sangre
y el paisaje sólo muestre que el dolor
es un trasunto que apenas encierran
los cuerpos mutilados
que cayeron en el olvido,
siempre un sol luminoso,
entero en el mediodía,
nos traerá una sombra
donde sentarnos a esperar,
a esperarnos.

Alguien cerrará la puerta
de las casas habitadas
para que mi amante cuerpo esté
al abrigo del abandono,
de los caminos recorridos
ajeno al llanto de los recién nacidos
que sólo me desgarrarían
aún más la entrañas
que ya ni reconozco como mías,
estas entrañas que sangran, que respiran pus.
¿Dónde el lodo que me dio forma
y que mastique para sobrevivir?

Escríbeme a la tierra,
a esta tierra donde la esencia misma
de la leche me devuelve
el sabor de aquellas ubres
que me otorgaron la palabra
y que ahora, lejanas,
me reclaman.

El momento del encuentro
con las manos, con el fuego,
con el torrente de desnudez
que nos cubría de flores
en aquella casa
que llamamos entonces hogar
se torna violento en un horizonte
de oscuridad.

No desfallezas,
que yo te escribiré,
que tú serás mi único testamento,
la certeza de que tu boca
me besará,
de que mis ojos,
igual que los de mi hijo,
permanecerán siempre abiertos,
atentos al desafío
de conocer el momento exacto
en el que la muerte arriba.

Ilustración : Daniel Ybarra





PEDRO HERRANZ HERNÁNDEZ
«ESCRÍBEME ...»

Escribe, dices,
Soy de los que responden
Carta por carta.

Respuestas vivas,
Inundadas de lunas,
Bebemos siempre

En esa tierra,
Miguel, que tú surcaste:
En tus palabras.

ALFONS CERVERA

ESCRITA AHÍ, ESA MEMORIA

La leña echada al fuego del milagro.

Edmond Jabès

Escribimos dónde. Adónde. Desde qué lugar miramos para narrar lo acontecido. Miguel. Lejos de todo, de la muerte también, de los entierros clamorosos cantados en silencio. O a gritos. Escarbar en la tierra y hallar en lo más hondo, ciego como el duende de Marx en un poema malo como los suyos, el cuerpo boca abajo, como si huyera de qué, de la oscuridad o de la luz, boca abajo y ciego. Así

Buscas en los hierbajos de la ausencia. Qué. El principio. Los rumores del incienso. La plegaria rendida a los pies de las estatuas. Los santos. Venir de ahí y afirmar la fe de los confesos. Convictos de una infamia adolescente. La vestimenta pulcra de la misa diaria. Una flauta de pastor en la imposible postal de lo folclórico: el joven Rimbaud entre las cabras. Figuras de barro, impasibles, sin ánimos ni vida, islas. Algun libro suelto por las trochas domadas de las bestias. Mira lo que hay ahí, fuera de la tumba. Miguel. Fuera de

La tumba que se abre y hay un cuerpo abajo. En lo más hondo. Escrito en el barro de otro siglo. Un tiempo devastado, inconcluso como todos los tiempos, violento igual que las traiciones: buey humillado en las paráboles marrones de los montes. Ser eso para indagar más tarde y descubrir que la revolución es un pájaro sin alas, caído y recaído, hueco por dentro y enfermo de halitosis, como si las tripas las tuviera podridas. O algo parecido. Bajo la tierra, la revolución. Miguel. Como el cuerpo ciego. Como la tierra ciega. Como el pájaro podrido por dentro. Como la poesía no

Pues qué hacer si las cartas no llegan. Si el verso se agarrota vilmente en la renuncia. Sacarlo de ahí, del hedor y de la náusea. Escribirlo de nuevo en la tierra de antes, donde no llegaba el humo del cansancio, cerca de la lejana, imposible victoria, cuando el poema era fuerte y era como la leña echada al fuego del milagro. Imaginar que hay algo más allá de la derrota. Por ejemplo, vida. La rabia de Max Aub por tanto olvido. La memoria, Miguel. Boca abajo. En la tierra. En el barro de la tumba. Escrita ahí, esa memoria.

Aquí.

Ilustración : Silvana Solivella



ÓSCAR AGUADO

Y CUÁNTOS VIENTRES ERIGIDOS OCÉANO

Y cuántos vientres erigidos océano
escuchan la voz del hombre
morir como muere la zancada del monstruo
al llegar al final del día
y cuánta fiebre dejará sin saliva
la lengua de la humanidad
y de cuántos barcos tendrá que saltar el verso
y recomponer su oda a mitad de camino
a qué lado del origen del miedo
nos encontramos el polvo y la brisa
cómo se suicidará la corriente
si en las rocas cada día se escribe
el enigma del último grano de arena
en la boca del tigre
si tras el vaho se intuye la corona del lagarto
nos abrirán las puertas las mujeres que amamos
los temblores que dormimos junto al nido del gorrión
esperaremos que la lluvia nos devore el beso que robamos
y al estrellar palabras ya heridas en la pared
donde van a morir los sueños del murciélagos
se sucederán la alegría y el estupor
entre ganchos de silencio
como si llegaran perdidos a un lugar arrancado
a un depósito de cadáveres con luces de neón
navegando en sus ojos vacíos.



Ilustración : Yamandú Canosa

PABLO ARANDA

SU TIERRA Y LA MÍA

Miguel Hernández tal vez pudo escapar, buscar otro país, comenzar el itinerario de la derrota, convertirlo en triste victoria, adiós a la tierra, a la tierra suya, a la mía, porque leí a los catorce años que quería escarbarla con los dientes y quise ser él y sentir lo mismo y poder poner nombre a mis sentimientos, así, de aquella manera, ordenarlos desordenadamente como hacía él, separar su sangre en dos, medir imposiblemente su dolor. Tenía amigos importantes y tal vez pudo escapar, continuar en la libertad lograda merced a sus contactos, pero volvió a su tierra, adonde ya había vuelto durante la guerra para casarse. Orihuela –su tierra y la mía– era su mujer y su hijo, también de la tierra, en la tierra, y su otro hijo, y también la tierra de los callejones empedrados y las esquinas verticales y los visillos y las miradas. Denunciaron que había vuelto y le encerraron y ya no salió de la cárcel. Fue condenado a muerte pero tenía amigos importantes que consiguieron conmutar la pena de muerte por treinta años treinta. Conoció varias cárceles y compartió celda con Buero Vallejo. Su hijo crecía lejos, su mujer desandaba callejones, él escribía en un espacio sin esquinas, en un terreno como elevado, ajeno a la tierra, la zona muerta que es una cárcel, un patio donde el árbol eres tú, la sombra, la roca, la tierra.

Cuando Miguel Hernández escribe a su hijo, escribe a todos nuestros hijos. Somos los destinatarios de su pluma y somos él mismo, la tierra que ocupa, y consigue que sintamos más la muerte de Ramón Sijé que la suya.

Cien años después y desde la tierra sigue escribiéndonos, y nosotros le escribimos a la tierra, porque la tierra es él y somos nosotros. Cartas abiertas como versos afilados, piedras romas que con ruido pesado, bronco, caen sobre nosotros, tierra, y se hunden un poco en lo que somos.

Hemos recibido las palabras de Miguel Hernández, compañero del alma, y ahora, cien años después, cientos de miles de años después, respondemos, y nuestra voz, nuestras palabras, nuestra voz de papel, retumba en la tierra desigual que formamos, la tierra que apartamos buscándole a él hasta encontrarnos a nosotros mismos, porque somos tierra, sólo tierra.

Ilustración : Silvana Solivella



ROSANA SOLIVELLA

MI VOZ POR ALIMENTO

Me trago las palabras
por no empuñar el hacha
una a una, lentamente,
como si fueran bombones
de chocolate que empacha:
amor puro y amargo
clamor de avellana
dolor a la almendra
olvido, pena, corazón
y hasta alpargata a la menta.

Mi boca llena, fuga intensa,
de silencios de tuera
que jay quién fuera
piedra para el sentimiento!

Fósil bajo la tierra
mi cuerpo enamorado
revivo en el pensamiento
de mi verso fusilado.

Ávido ante la caja
de fonemas de cacao
fundidos en las aguas
de mi lengua sólo útil
para anudar mi garganta.

Mejor me como otro
mejor callo y me entierro
mejor no lanzo mi voz a los oídos,
sordos como una tapia,
de quien no sabe amar nada

de quien se basta a sí mismo,
engaño en su abundancia,
creciendo a lo grande su ego
matando de hambre su alma.

Mejor, sigo tragando:
reproche con leche
rencor al aroma de naranja
trufa de esperanza con miel
ilusión caramelizada,
algunas palabras dulces
y muchas, muy amargas:
vida, muerte, pasión,
con pasas al ron,
con lamé de pistacho
o recubierto de capas
de lágrimas al limón,
soy un muerto en el despacho
de un pastelero glotón
que reparte mal la tarta
y la envuelve con la carta
de sangre que escribí yo.

Pero mi paladar finado
prueba el mejor bocado:
el de la libertad suprema.

Y aquí estoy saboreando
esta muerte de cadenas
esta voz que vuela y llena
los anhelos de papel.

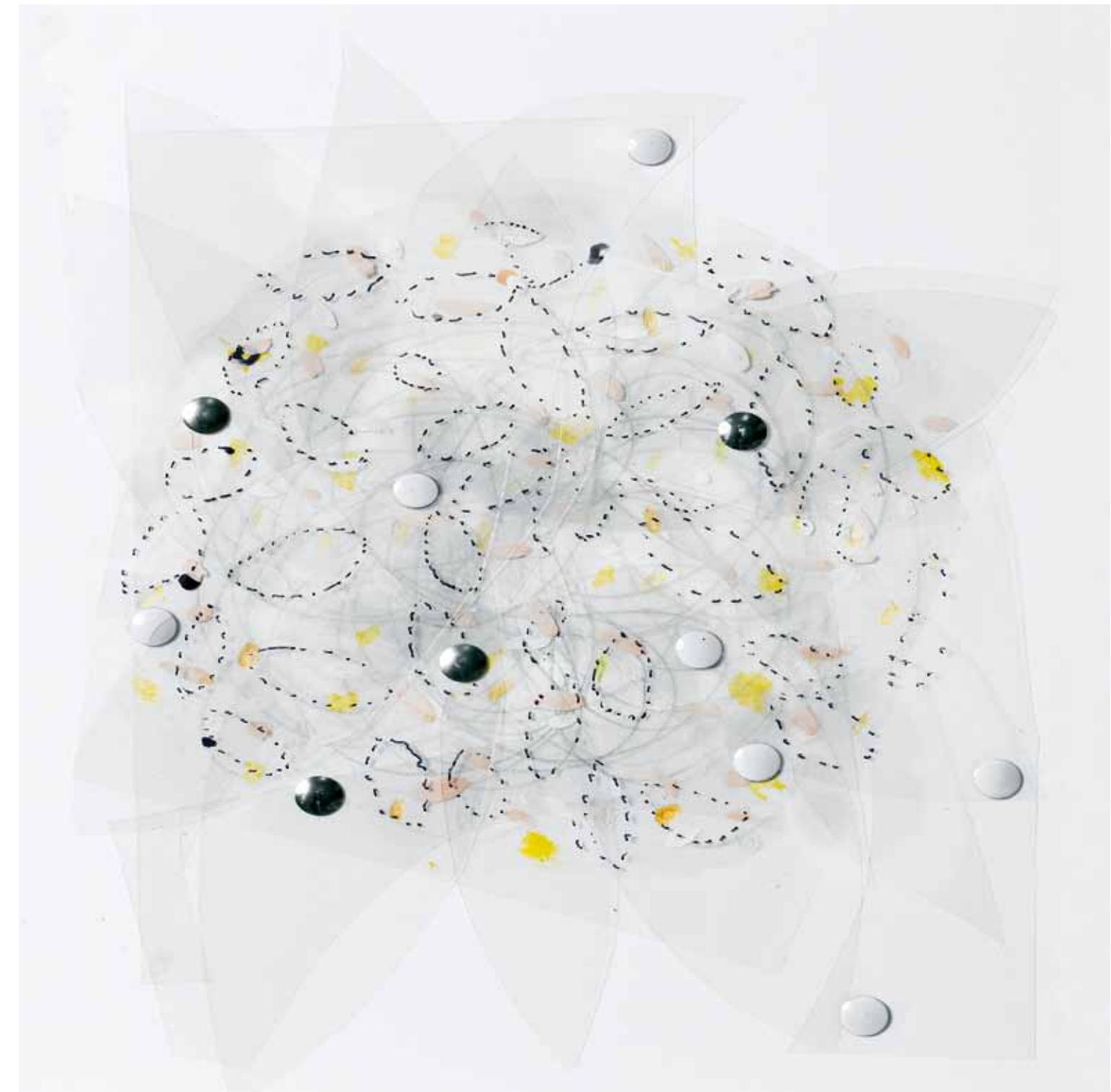


Ilustración : Daniel Ybarra

OBDULI JOVANI

CARTA AL SUR

Cuando sepa el sur que lo aborrezco...
¿le dirán que amotiné los silencios,
que cerré las compuertas
del Nilo en mis pupilas?
Cuando hablen mis palabras y lo digan...
¿mostrarán mis adentros de textura
demorada,
gesto estricto, tacto frío, pulpa amarga,
como un alijo de savia fatigada?

Cada día que llevo mi esperanza
al renglón de los conjuros,
más allá de aquel ayer resignado
que me dejaste en desusos
-¡ni un mañana en hilvanes!-
vuelvo con el añacal vacío,
las herrumbres anidadas
en los quicios del deseo,
epílogos a rajatabla.
Vuelvo con la quemazón
de unos versos sin estribo,
como un desdén enmohecido,
como una sombra despiadada
y diferida. Como un participio pasivo.

Me quiebra aquella luz interrogada,
el alba ajusticiada por la duda,
la noche empalizada, la rosa
de tu risa amortajada,
el torno de tu voz sin afluentes,
pan sin miga en los
verbos de la carne reposada.
Porque son de limo los olvidos,
son noches los desalientos,
unánimes los vocablos, absolutos

los despojos, cabizbajos, tributarios
de la rabia desatada.

Ya corrió aquel tiempo precedido,
aquel agraz primerizo,
ya no cabe simetría en nuestros besos.
Los últimos, desgajados
por la impaciencia de un silbo,
bucanero con aldabas
que se llevó aquel frufrú
de enaguas almidonadas.

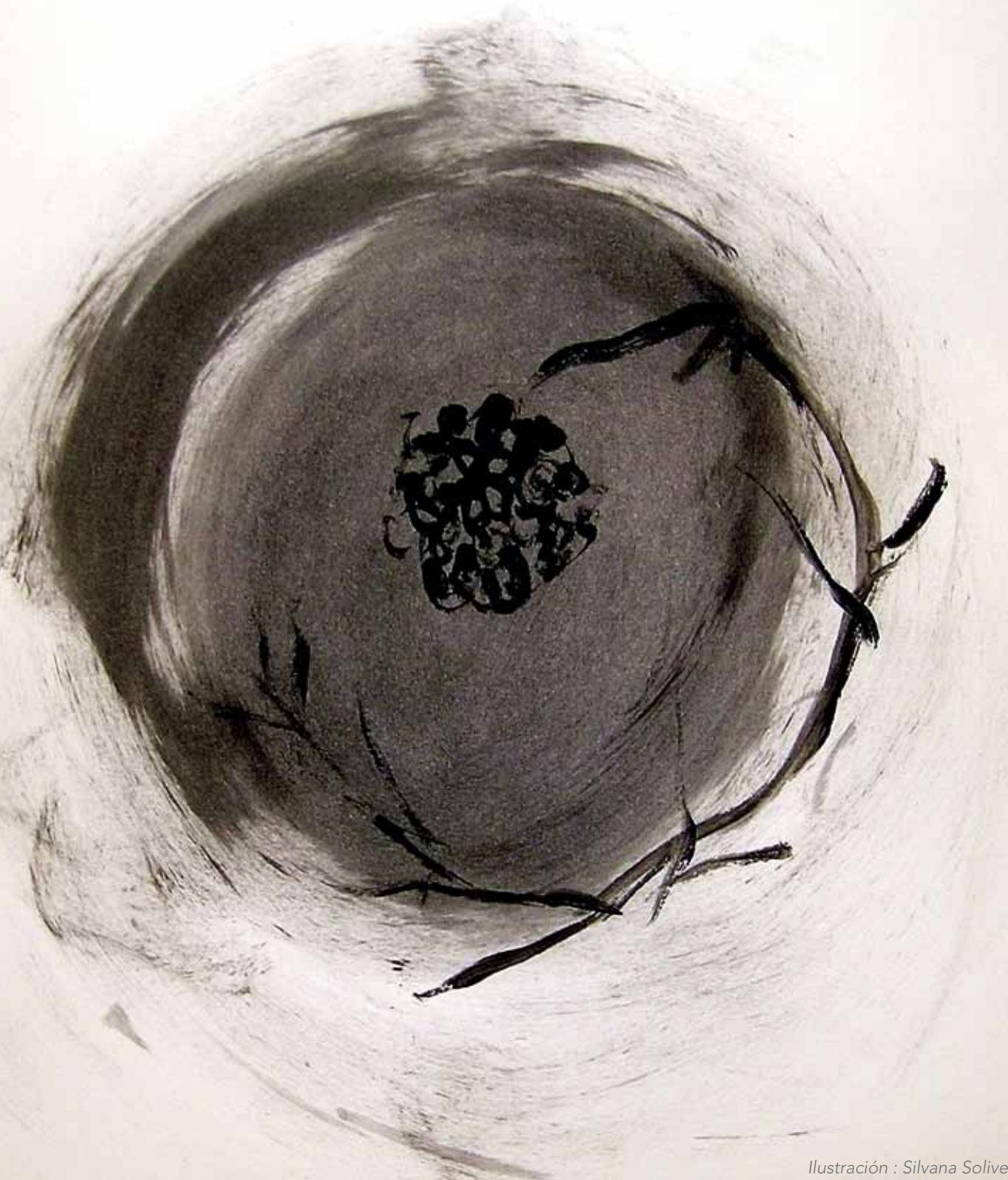
Ya no habrá júbilos de niño
en los columpios,
ni golondrinas en vuelo
sobornando a las mañanas,
ni aguas en mayo,
ni vencejos que hilen grecas,
recitativo insistente postulando
tesituras de primavera en mudanzas.
Habrá un coro disonante de carcomas.

En las tardes demolidas,
al holocausto entregadas,
ya del tiempo desasidas,
habrá cantiles de luto
asomando a los barrancos.

¿Serán altas barricadas
O vértigos de pies descalzos?
¿Pretéritos acallados
De preguntas sin respuesta?
Relojes viejos de pesas
minutearán arritmias,
premiosas y sincopadas,
por ese correo que no llega,
por ese ayer sin mañana.
Porque siempre hay un adiós
que es hasta nunca.
Al sur de las esperanzas.



Ilustración : Daniel Ybarra



ARTURO LORENZO

QUERIDO MIGUEL

Querido Miguel:

Recibí ayer tu carta sin tener noticia de que ya estabas muerto desde hace tanto. Lo normal sería no contestarte porque no se escribe a los muertos. Pero ya que me invitas respondo a la tierra que te acoge desde donde sé que me responderás, seguramente con los versos que ya tenías escritos y que yo iré descubriendo a medida que me inicie en ellos.

Esto de la muerte tiene su interés, y tú mismo lo abordaste cuando lo de Sijé. Es muy duro tratar a la muerte de enamorada, y eso me sorprendió, pero si bien se mira no hay nadie que nos quiera tanto, tan constante y a todos por igual. Con las otras enamoradas es distinto porque en algún momento siempre nos distanciamos, pero ella es de una fidelidad obsesiva, algo incómoda a veces, diría yo. Al final todos nos rendimos ante un amor tan desinteresado y constante. Nos quiere hasta viejos, enfermos, desahuciados y sin riquezas.

La única pena que tengo yo es que ella te quisiera a ti tan pronto, porque su amor exclusivo y excluyente nos dejó sin más versos tuyos. Es verdad que tienes tantos y tan buenos que no podemos quejarnos. Así, me gusta mucho en este poema de Sijé, que supongo aún recuerdas, cómo defines un amor sin pecado entre hombres. Ya sabrás que ahora los hombres se entreaman con una liberalidad desconocida en tu época. Pero lo tuyo era otra cosa. Tú querías a Ramón como yo he querido a mi hermano, a mi padre o a un buen puñado de amigos, como camaradas en tiempos de guerra, porque las guerras continúan, Miguel, aunque haya paz.

Tú sabes que la guerra está en la calle, que es un horror tener que levantarse cada día contra la ventisca que organizan nuestros semejantes. Ya sabes cómo siembran la cizaña para que no cumplas con tu destino. No hacen falta pistolas, metralletas ni decretos militares. La guerra es como ir a comprar el pan, ése que te negaban o del que te hacían llegar sólo unas migajas, Miguel. Porque la guerra es eso, una burla del hombre contra el hombre, un desaire, un vendaval, un descrédito, el acoso constante de la envidia. Y tú supiste contarlo. Le decías a Ramón que le querías y a nadie se le ocurre pensar que te metías en su cama, igual que hacemos los que queremos a otros hombres. Hablamos de un amor de seres humanos que se hacen camaradas en el fragor de la batalla cotidiana, luchando contra el turbión canalla de la rutina y la envidia.

Pues me da mucho gusto poder decirte que todavía hay algunos que nos seguimos queriendo, como tú a Ramón. Que ya sabemos que el amor de la mujer es otra cosa y que el de la muerte es el definitivo.

Miguel, pásate por aquí cuando puedas. Tenemos cebollas fritas con chorizo y un vino de la tierra que levanta el ánimo. Nada más llegar te abriremos un corro y con la torpe entonación que nos caracteriza hablaremos de ti para que, desde el polvo enamorado de la tierra que te cubre, no nos olvides.

JAVIER ATIENZA

SI LA PAZ ES LA MUERTE

*... y estar muerto es un trabajo penoso,
ese recobrarse plenamente,
hasta llegar a sentir poco a poco
la eternidad.*

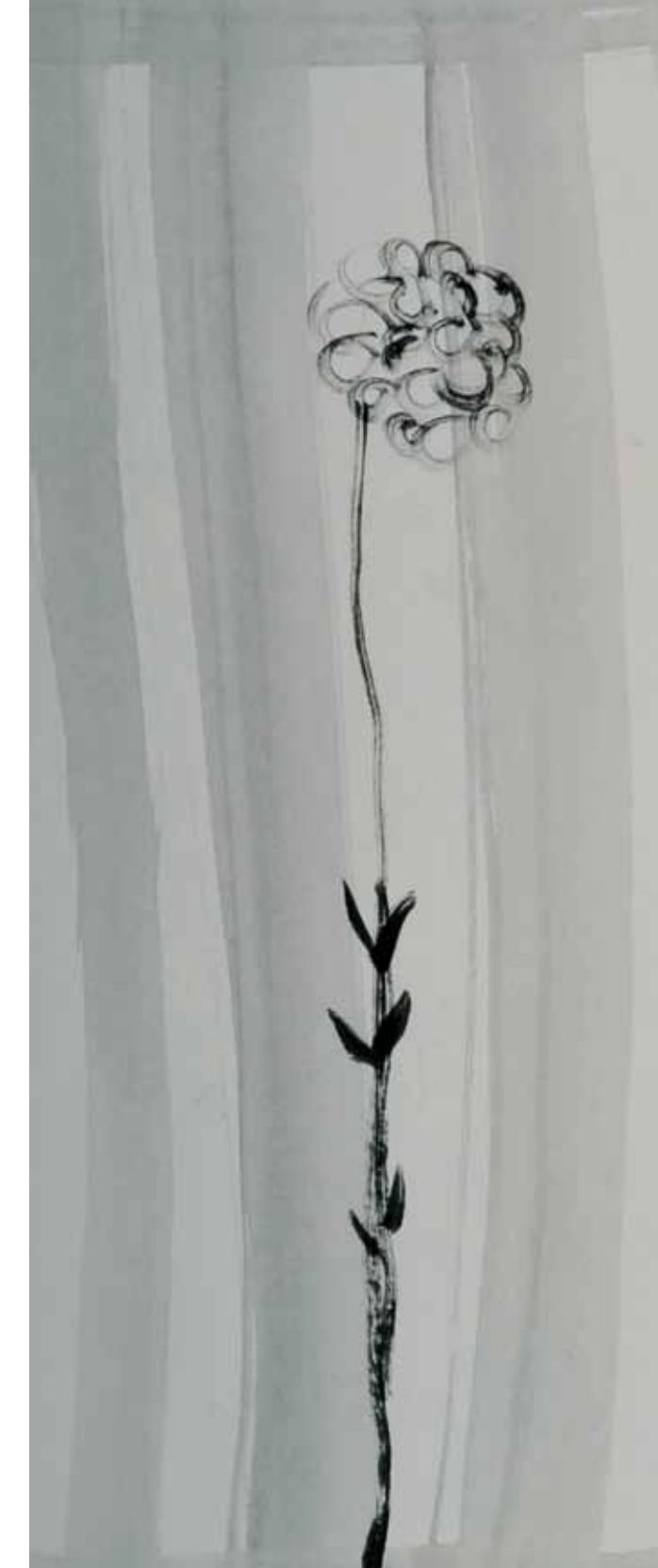
R. M.^a Rilke

Si la paz es la muerte,
Miguel,
¿qué os pasa a los que fuisteis
que no queréis reposo?

No sé por qué te escribo,
si sé que ya estás muerto.
Tal vez porque es preciso vaciarne en la nada
que eres tú,
 fingiendo que este lado
de la laguna Estigia
es aún la vida
y que es ese lugar, en la otra orilla,
que ahora ocupas,
el destino cabal
de cuanto hoy a mí mismo
me confieso.

Tú no vas a escribirme (no espero
tu respuesta); ni a recibir mi carta.
Soy yo el destinatario; y es la tierra el hogar
que no nos disputamos
porque tú y yo sabemos
que no nos pertenece. (Pero yo la recorro;
a ti te cubre).

Escribiste: "Aunque bajo la tierra
mi amante cuerpo esté,
escribeme a la tierra,
que yo te escribiré".



Perdona que discrepe: ya no hay un cuerpo amante
que reciba estos versos;
no existe el más allá; y tampoco el amor
más allá de la muerte (a pesar de Quevedo)
para el que amó y hoy yace.

No dirijo esta carta al amante que fue,
tal vez, Miguel Hernández. Me la dirijo a mí
que puedo amar aún, sin deslumbrarme
por las hembras calladas de Neruda,
cuerpos de mujer tuyos, objetos deseables,
a los que dedicar los mil y un versos tristes
mil noches como ésta y una más.
Ni por ser el ungido
para guiar la turba de pobres y de hambrientos
contra los poderosos. Me la dirijo a mí.
A mí, que quiero renunciar a la batalla
porque el amor es lírico; y la épica
es el recurso estéril del ególatra
que sólo se complace, si le aclama
la multitud.

No tomaré el fusil; no soy el elegido
para salvar el mundo.
Hace falta vivir para saberlo, ser mortal
sin ganas de morir, desconocido, anónimo,
un esclavo feliz de un amor sin ausencias,
sin misiones gloriosas y sin héroes.

La carne de mi amada desea mi calor,
no mi victoria.
No odia a mi enemigo; no lo tengo.
No obedece los dogmas; sabe que no hay verdad
revelada; ni predestinación. Se aleja del Poder,
no cree en los dioses.

"La mujer que yo quiero
no necesita...". Cantaré con Serrat
letras no consagradas. Y, en lugar de escribir
a mi amigo del alma una elegía,
iré a su funeral. Lloraré allí.



MIGUEL ÁNGEL GARA

MORIR

Morir
lo escribió en las batallas
de luz
al costado de la tierra
que le duele.

Vivir
lo escribirá
al despuntar el día
bajo la losa
del futuro.

No morir,
y leer
la vida de su muerte
con el ruido de armas en pasado
que escribe.

El futuro
vivió
el pasado
se irá.

Y es el poema
hecho para morir
y hecho para vivir
lo que le escribe.

EPÍLOGO

JESUCRISTO RIQUELME

SE HAN CREÍDO LO DE TU MUERTE:
¡UNA ENFERMEDAD DE TRANSMISIÓN TEXTUAL!

Se han creído lo de tu muerte, Miguel. Ha sido tu mejor actuación. Les despistó mucho aquello de que tu poesía brotaba de la herida, y te dieron por moribundo. A quienes no gusta hablar de vidas acosadas por amarguras y desgracias, perseguidas por injusticias –ya sabes– les he oído celebrar en 2010 el cementerio de tu nacimiento. Y se carcajean enarbolando la guadaña conmemorativa con tu nombre en vano. Pulen una marca. Veo carteles públicos: «En nuestro / beneficio. / Ay / untamiento». Craso error.

A más de uno he oido decir a bonico: «Por supuesto que me gustan los libros de *Miguelhernández*, pero no tanto como para leérmelos». Eso sí, confiesan que saben quedar bien regalándolos. ¡Jamás hubieras pensado que un libro tuyo –la magia del arte– se convirtiera por arte de magia en un objeto sospechoso: «El que regala bien vende si quien la toma la entiende»! Han cambiado los carteles: «Es nuestro / beneficio. / Ay / untamiento». Magro favor.

Lleva cuidado. Sigue donde estás. Proponen incinerar la memoria, que ya no tu cuerpo, con tus libros. Tus huesos son el fetiche; la memoria, tu espíritu. Nosotros, la inmensa mayoría, sustituiremos sigilosos la arena del reloj con tus cenizas. Lograrás así un lugar dentro del tiempo.

Te recuerdo con una sonrisa en tus labios y con una ilusión atrapada en tus abiertos ojos. Recuerdo cuando, enamorado, bromeabas con el amor: «Te me mueres de casta y de sencilla». Los tiempos han cambiado y también la canción: se ha impuesto, por fin, a la pudorosa *Josefinamanresa la brujillamallo* del «antes muerta que sencilla». Algunos continúan la broma y te acusan de que eres un impostor del diablo. (Creo que dijeron un *impostor del copón*). Te has convertido en uno de esos grandes escritores que plagan, porque, al leerte, descubrimos que estás contándonos nuestros propios sentimientos..., sentimientos que nunca antes habíamos logrado expresar nosotros de esa manera ni habíamos oído en otros. Te apropias de esperanzas, sueños, ilusiones, deseos de muchos de nosotros, de inquietudes colectivas. Nos emocionamos contigo. Tu voz es la nuestra. Por eso reconocemos tu pregón como propio: Que el amor aletee más allá del horizonte, al alcance de nuestras manos. Que la felicidad sea síntoma de inteligencia.

Entre tus personajes favoritos de ficción, hablabas con fruición de Sherezade y de don Quijote. Se te iluminaba el rostro. La protagonista de *Las mil y una noches* era para ti la mujer-libro por excelencia, la palabra que nos aferra a la vida y nos protege de la muerte; la mujer que, al contar una historia, un texto pequeño, se libraba de ser condenada a muerte esa noche; y eran siempre textos pequeños o textículos. Eso la salvó, decías socarronamente, me acuerdo, que era una mujer con muchos textículos. Las alucinaciones del ingenioso hidalgo, deformando lo pequeño y cotidiano en descomunal imaginación, lo erigían en héroe, lo protegían de una realidad adversa y servían para desenmascarar fatuidad e hipocresía. Siempre fuiste agradecido lector. Ambas posturas, la de Sherezade y la de don Quijote, no eran poses, eran pasiones de libertad por medio de la palabra amiga que te abraza en forma de cuento. Y te aplicaste el cuento en forma de cuento útil. El gusto por la lectura nace en la cuna –no parabas de repetirlo–, en la cuna del amor cuando

hay visión de futuro: la oralidad del mayor (casi siempre la madre) que cuenta historias con paciencia infinita e infatigable habitúa a los infantes –los sin voz–; los niños se tranquilizan y se sienten protegidos con estos relatos; y se abandonan –indefensos– al relax con la protección del sonsonete materno que retoma siempre las mismas historias; las mismas historias porque, si hay algún cambio, no se concilia ni el sosiego ni el sueño... «¿Qué puedo esperar–piensa el niño– de alguien que cada vez me dice una cosa distinta...?». Se crece con el alimento de la ficción: con esa justa proporción de fantasía, realidad e imaginación. De niño –y, según tú y según Picasso, no se deja de ser niño, o se retorna felizmente a él, de mayor– se combate el miedo nocturno –la sombra– con el alivio de la voz apacible, que convierte a la noche en un libro entre cuyas páginas se duerme el niño con una espada entre las manos luchando por la justicia y la libertad de los demás. La fantasía se hizo imprescindible cada vez que el espíritu indómito de la infancia se remansaba o había que remansarlo. Recuerdo aquella niña, que ahora está entre nosotros en este libro de cien alas, en la sala de espera del despacho de su madre, mientras ésta trabajaba, que pedía a alguien con mirada afectuosa que le leyera algo del librito que ella misma llevaba. Y sostenía entre sus manos los *Cuentos para Manolillo. (Para cuando sepa leer)*, la nana y la fábula que le escribiste a tu hijo en prisión por su tercer cumpleaños. ¡Cuántas veces lo protegieron, y lo hicieron llorar, a la vez, al cobijo de tu viuda precoz, tal como ella me relató con un hilo de voz y un ovillo de lágrimas contenidas!

José Saramago, que tanto te estimaba por estos lares, se atrevió a desvelar una confidencia en la recogida de su premio Nobel –ahí es nada–: «El hombre más sabio que he conocido en toda mi vida no sabía leer ni escribir». Era su abuelo. No sabía leer ni escribir, pero le contaba historias imaginativas y lo veía vivir con la pasión y el fervor de lo humilde y honrado. ¡No me digas tú que no inventaste, o que no exageraste, lo de pastor-poeta? Aquel personaje que llevaste a la corte te hizo más célebre que Max Estrella o los hermanos Marx. Todos andaban locos por ti: ya sabes que así lo declaró en la intimidad Morla Lynch, en los cenáculos de la embajada de Chile en Madrid; y esto sacaba de quicio a tu Federico García.

«*El arte es completamente inútil*, espetó Óscar Wilde con ironía anglosajona», y reías con donaire y sobreacuación. Lo recuerdo como si te estuviera viendo en el crisol de los tiempos, sin antes ni después. A lo que postuló, en correctísimo alemán, Bertold Brecht –e impostañas la voz–: «*El arte no es un espejo para reflejar la realidad* (adiós a papá Sthendal), sino un martillo para darle forma», y una hoz para arrancar las malas hierbas –«gentes de la hierba mala»–. ¡Hay que ver que, cuando te ponías vehemente a casico hecho, eras convincente! ¡Eras una venenosa serpiente de cascabel! No te creas que tan diferente a aquellas «serpientes de las múltiples cúpulas» de las que echabas peste: las dos contaminaban: una contaminaba amor; otra, egoísmo. No era complicada la elección. Ahora estás más calmado, ¿verdad? Pero, *in illo tempore*, la cuestión era de vida o muerte, es cierto.

Permíteme cambiar el tercio: me interesa tu opinión. A un adolescente que hace sus pinitos con la poesía y quiere ser famoso (y lo quiere ser con prontitud), ¿qué le aconsejo? Yo le repito lo que te escuché con atención muchas veces: «¿Cómo se forja un joven escritor? Sin duda, leyendo. Leyendo mucho, estudiando y leyendo, con ojo avizor y reflexión y leyendo. Leyendo... y escribiendo borradores y esbozos, tachando y corrigiendo, y usando mucho la papelera». ¿Qué sería de la literatura sin la papelera? A ti te molestaban las erratas sobre manera y no te parecía elegante una «fe de ratas» en un libro verdadero, siempre mimado y exquisito. Recuerdo el enojo de aquel amigo escritor, escrupuloso como el Juan Ramón más puro, cuyo

texto publicado quedó así: «Y, después de arropar a su esposa y de dejarla dormida en su alcoba, sin que ella pudiera apreciarlo, se marchó como de costumbre, como siempre, de *putillas*». Oh, el impresor se dejó llevar: quiso decir «de puntillas». Dime si voy bien orientado: no quisiera esfarrarme, Miguel. Yo les recuerdo lo de tu admirado don Antonio Machado: «Caminante, no hay camino...», «Caminante, no hay camino...»... ¡Caramba! ¿No hay camino? ¡Ya me he vuelto a perder! En fin, yo aré..., yo aré lo que pude. Una vez sembrado el campo, que los jóvenes se espabilen, que alguno parece *demasiao minso o más maganto que dios*, que siempre está callado, como tú decías.

Los zagalas, aprendices de todo, nacen dotados de una enorme curiosidad, a la que no deben los mayores cortar las alas: ¿cómo alzaría el vuelo la imaginación? ¿Qué habría de la invención para progresar? Al leer a Eduardo Galeano, me acuerdo de cuando me repetías «que se mete en la quijotera, Jesucristo»:

Diego no conocía la mar. El padre, Santiago Kovadloff, lo llevó a descubrirla.
Viajaron al sur.
Ella, la mar, estaba más allá de los altos médanos, esperando.
Cuando el niño y su padre alcanzaron por fin aquellas cumbres de arena, después de mucho caminar, la mar estalló ante sus ojos. Y fue tanta la inmensidad de la mar, y tanto su fulgor, que el niño quedó mudo de hermosura.
Y, cuando, por fin, consiguió hablar, temblando, tartamudeando, pidió a su padre:
—¡Ayúdame a mirar!

Ahora lo entiendo –más vale tarde que nunca–: eres un *impostor* también en esto, Miguel: lo que parece sencillo en tu poesía no lo es tanto. ¡Ayúdame a mirar! Tú crees que encontraremos un profesor como Mai-rena y un alumno común como Pérez que sepa desentrañar «Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa»? Somos historia, sí, lo sé. Necesitamos una mirada atrás hacia el futuro.

El regalo más grande que has dado a los demás ha sido el ejemplo de tu propia vida y tus libros, más vida. Bien pudo decir tu padre, el que no te dejaba leer cuando niño, que por desgracia saliste idealista. Tu sangre deja un rastro para espíritus jóvenes y combatientes de todas las edades: un poeta para apasionados del amor, para defensores de la justicia y de la solidaridad, para idealistas que luchan por hacer, de las utopías de ayer, los derechos de hoy. Un poeta que alumbría y mueve conciencias con el don y el látigo de su palabra. Me puse serio y académico: abandonemos esos plumajes, vade retro a los oropeles. Que sólo el espíritu de la palabra nos espolee. Gracias, Miguel, tu risa me hace libre.

Ahora espero tu carta. No te demores. Y no me escribas tarde y poco como tu Josefínica del alma. Yo, mientras tanto, a lo mío. A ver qué te parece. «Si preguntáis por *Miguelhernández*, yo os diré: no está en la tumba ni en el nicho. ¡Está en la biblioteca! ¡Está en sus libros! Buscad y encontraréis».

Y que nadie crea lo de su muerte. He abierto un libro: su espíritu se ha escapado y avanza hacia el sesquicentenario de su nacimiento. Lo hemos visto pasar. La leyenda ya tomó nombre. *Miguelhernández*, una enfermedad de transmisión textual.





Querido Jesucristo:

Vengo de recibir en un sobre muy abultado tu carta junto a otras cartas de colegas empeñados en hacerme un homenaje ahora que es mi centenario. Ya sabes que a mí no me gustan los cumpleaños, los celebro por los niños, pero yo me siento amargo al pensar que uno a uno voy contando mi rebaño. Me las he leído todas y agradezco el trabajo de ese puñado de artistas sacándome de aquí abajo. Me he reído con tu epílogo, remuerto de risa a ratos, querido amigo, Pirulo, sé que te hubiera gustado que llegara antes tu texto tan bien bordado, rematadas las costuras de las cartas del legajo y mi respuesta que tarda y que ni tú te crees, lo sé. Pues ya ves, yo agradezco vuestros buenos sentimientos y esas voces de papel que retumban en mi huerto. Porque yo no he muerto, no, tienes razón, estoy enfermo y contagio a quien tiene corazón, aunque inmunes se pasean, cucarachas de la aldea, que por la basura pelean en el pueblo donde mi madre me parió. Lo sé todo desde aquí, desde este lugar que ocupo en este estado, desde este privilegio de no tener un cuerpo ni algún pecado. Sé que han desviado el río, que las casas no se inundan de aguas estremecidas, sino de deudas y engaños y viejas guerras dormidas. Sé que te has ocupado de mantener mi memoria en pro de lo acordado: Libertad, para los muertos callados. Te agradezco el gesto amigo y no tardo en responderte usando como pluma un hueso afilado, tal vez uno de mis dientes. No te desgarre que diga que a esta altura de mi vida de muerto experimentado sólo me queda memoria de haber luchado para que nuestros hijos tuvieran un presente iluminado con luces de amor y paz y no este hoy tan malogrado, tan lleno de incertidumbre, de mañanas sin trabajo.

Pero estoy bien, descansando. Tú sigue a lo tuyo, no hay cuidado, y ya que puedes, mantén esos lazos unidos a la vida bella, la vida que me gusta tanto. Da las gracias a esos valientes, esos artistas lanzados y diles que no puedo responderles de inmediato: las hermanas Solivella, Fernando, Jenaro, Santo, Silvia, Verónica, Anna y quienes participaron, que les valga por respuesta el libro que tendrán entre sus manos, que ahí es donde estoy yo, en esos libros alados y no entre tumbas y nichos, como bien has acertado. Espero tengas salud al recibir esta carta y recuerda que, aunque hayas desvelado mi secreto de fantasma entre las cabras, yo ya no tengo derechos sobre mis palabras, dejo que vuele mi voz como vuela un abuelo, uno de esos molinillos arrastrados por el viento. Recógela tú, amigo, espárceme el sentimiento. Besos y abrazos para tu loca y buena inolvidable mujer Magdalena.

Te necesita,

Miguel y Miguel

41) Una carta en verso

Corazón de leona

Tienes a veces.

Zarpa, nardo del odio,
~~Línea flaca~~

Siempre flores.

Una leona

~~de la que~~
llevaré cada día
cosas corona,

~~Antes la leona~~

~~La león~~
La lejanía en los pueblos.

El corazón sin dueño.

El amor sin objeto.

La muerte al polvo, ~~el cuervo~~,

Y en juventud,
en el círculo.

El oír sollozo y seco.

La muerte como un león
devorador sola el león.

El odio sin remedio.

Y la juventud?
En el ataud.

46



BIOGRAFÍAS

ÓSCAR AGUADO ha publicado los poemarios *El arco iris de un anticuario* (Amargord), *El corazón más feo del mundo* (Premio José Hierro de Poesía joven), *Barro* (Audio-libro, grupo artístico 8), *Canción de cuna para un héroe* (Casimiro Parker), *La habitación del extranjero* (Amargord), *Las últimas palabras de Harpo* (poesía epistolar con ilustraciones, Amargord).

PABLO ARANDA (Málaga, 1968) ha sido profesor de español, monitor de enfermos mentales y educador de menores con medidas judiciales. Actualmente colabora en prensa como articulista de opinión (diario *Sur* y de viajes (*El País*). Ha publicado las novelas *La otra ciudad* (Espasa, 2003, finalista premio primavera), *Desprendimiento de rutina* (Arguval, 2003, premio Sur de novela corta), *El orden improbable* (Espasa, 2004) y *Ucrania* (Destino, 2006, premio Málaga de novela). Asimismo tiene relatos editados en volúmenes compartidos.

JAVIER ATIENZA AGUADO catedrático de Lengua y Literatura Española, ensayista y narrador. Ha incluido trabajos en *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Cultura*, *Boletín de la Asociación de Profesores de Español L.E.* (Asele), *La Gaceta del Norte*, *El Correo Español*. Cuidó, con estudio y notas, la edición bilingüe *Maldan Behera y Harri eta Herri*, de Gabriel Aresti (Cátedra, 1981) y *La conexión más silenciosa: Ramiro de Maeztu-Revista España* (Biblioteca Sancho el Sabio, Vitoria, 1982). Ha tratado numerosos asuntos literarios: la poesía del peruano César Vallejo, la revista *España*, la obra poética de Gabriel Aresti, el Akelarre en el teatro vasco contemporáneo, la obra narrativa de Guerra Garrido, Ignacio Aldecoa. Ha reseñado novelas contemporáneas como *El abrecartas*, de Vicente Molina-Foix, *Alhábega*, de Fernando Riquelme. Es responsable, entre otras propuestas didácticas, de un método de comentario de textos literarios (revista *Sagar*, Universidad del País Vasco, y de «Actividades participativas y lúdicas para la enseñanza de E.L.E.» (Aula de Español, Consejería de Educación de la Embajada de España en Berna). Docente en la Universidad del País Vasco y en institutos de Bilbao, Vitoria y Madrid durante más de treinta años, actualmente es asesor técnico de la Consejería de Educación en la Embajada de España en Berna.

JORGE BARRIUSO (Burgos, 1959), profesor de secundaria, periodista, traductor y guionista, según cambia el viento, en la actualidad regenta la sección «Punto de fuga» en el programa de Radio 3, de RNE, *En la nube*.

MANUEL BORRÁS editor y cofundador, en 1976, de la prestigiosa editorial Pre-Textos (Valencia), editorial independiente, que, con clara vocación nacional e internacional, publica con exquisitez y rigor asuntos de literatura y pensamiento. Los fondos editoriales de Pre-Textos superan el millar de títulos; en 1997, fue galardonada, en España, con el Premio Nacional a la mejor editorial; en 2008, con el premio de la Feria Internacional del Libro (FIL) de Guadalajara (Méjico); y, en 2009, fue elegida editorial del año, en la FIL de Lima (Perú).

YAMANDÚ CANOSA nace en Montevideo en 1954. Estudia arquitectura y reside en Barcelona desde 1975. Desde entonces su obra ha tenido una presencia constante en galerías y centros de arte de Barcelona, Madrid, Valencia, París, Rotterdam, Montevideo, Buenos Aires, Rio de Janeiro o Los Angeles. Su obra ha formado parte de exposiciones panorámicas de arte español en el Centro de Arte Reina Sofía de Madrid, en el Sprengel Museum de Hannover, en el Albuerque Museum en Nuevo México, en el Dalí Museum de St. Petesburg y en el Bass Museum de Miami. En 2000 recibe la beca Pollock-Krasner y en 2007 recibe el Premio Pedro Figari a la trayectoria que otorga la Asociación de Críticos de Uruguay.

ALFONS CERVERA (Gestalgar, La Serranía, Valencia) ha publicado las novelas *De vampiros y otros asuntos amorosos*, *Fragmentos de abril*, *Nunca conocí un corazón tan solitario*, *La ciudad oscura*, *El domador de leones*, *Nos veremos en París, seguramente*, *Els paraisos artificials*, *La risa del idiota*, *L'home mort* (traducida por el mismo autor al castellano), *La sombra del cielo* y una especie de tetralogía sobre la memoria: *El color del crepúsculo*, *Maquis*, *La noche inmóvil* y *Aquel invierno*. Su obra poética se reúne en *Los cuerpos del delito*. Y sus artículos periodísticos, en los volúmenes *La mirada de Karenin* y *Diario de la frontera*. Es reciente su novela *Esas vidas*. También hizo una incursión en el cómic con el guión de *Adéu a la francesa*, con dibujos de Juan Puchades.

JORGE DE ARCO (Madrid, 1969), licenciado en Filología Alemana por la Universidad Complutense, ejerce como profesor universitario de Literatura Española en la capital de España. Ha publicado hasta la fecha cinco poemarios, el último, *La casa que habitaste*, recibió el Premio Internacional de Poesía San Juan de la Cruz, 2009 (Rialp). Ha sido galardonado con diferentes premios como el Vicente Aleixandre, Fray Luis de León, Santa Teresa de Jesús y Villa de Aoiz, entre otros. Está incluido en diferentes antologías: *La voz y la escritura*, *Un siglo de sonetos*, *Los 33 de Radio 3*, *Los jueves poéticos...* Ha traducido poesía alemana, inglesa e italiana. Crítico literario en diversos medios, dirige la revista poética *Piedra DEL Molino*.

IGNACIO DEL VALLE (Oviedo, 1971) vive en Madrid. Ha publicado hasta la fecha seis novelas: *Los demónios de Berlín* (Alfaguara, 2009), *El tiempo de los emperadores extraños* (Alfaguara, 2006. Premio de la Crítica de Asturias 2007, mención especial Premio Dashiell Hammett 2007, Premio Libros con Huella 2006), que ha sido traducida a varios idiomas y será llevada al cine próximamente, *Cómo el amor no transformó el mundo* (Espasa, 2005), *El arte de matar dragones* (Algaida, 2003. Premio Felipe Trigo), *El abrazo del boxeador* (KRK, 2001. Premio Asturias Joven), *De donde vienen las olas* (Aguaclara, 1999. Premio Salvador García Aguilar). Además cuenta en su haber con más de cuarenta premios nacionales de relato. Mantiene columnas de opinión en los diarios *El Comercio* y *Panamá América*, ejerce la reseña literaria en el suplemento *Culturas*, *ABC.es*, *Culturamas*, y colabora con el suplemento *El Viajero*, del diario *El País*, *Fronteras* y diversas publicaciones. También ha trabajado en radio.

CECILIA DOMÍNGUEZ LUIS nace en La Orotava (Tenerife) el 17 de octubre de 1948. Licenciada en Filología Hispánica, ha publicado poemas, artículos y cuentos en periódicos y revistas de las Islas y de la Península. Además: dieciséis libros de poemas, dos novelas, cuatro libros de cuentos –dos de ellos para niños y otro para adolescentes– y dos novelas juveniles. Ha sido traducida al francés y al rumano. Pertenece al comité de redacción de la revista *Cuadernos Ateneo*, del Ateneo de La Laguna, sociedad de la que fue presidenta. Ha participado como ponente en diversos Congresos nacionales e internacionales de Lengua y Literatura, así como en encuentros de poesía, dentro y fuera de las islas.

PEDRO FLORES (Las Palmas de Gran Canaria, 1968) ha publicado poesía, narrativa y teatro. En poesía, destacan *Simple condicional*, *Memorial del olvido, la vida en ello*, *Nunca prendimos París*, *El complejo ejercicio del delirio*, *El ocio fértil*, *Diario del hombre lobo*, *La poética del fakir*, *Con la vida en los talones* (antología), *Al remoto país donde sonrías*, *Fieras sin música*, *En los planes de nadie*, *Memorias del herero de Nod*, *Al este del desdén y Preparativos para la conquista de Brunei*. En narrativa, *Capitanes de azúcar, la verdad no importa*, *El país del viento* y *Cabeza de rata*. En el género teatral se introdujo con el monólogo *Los huesos del poeta*.

RODRIGO GALARZA nació en la provincia de Corrientes (Argentina), en 1972. Es profesor en Letras. Co-fundador del Grupo literario Pájaro de tinta y director de la revista del mismo nombre. Ha publicado en diarios y revistas de Buenos Aires, Madrid, México y EE. UU. Algunos de sus libros publicados son *Diluvio en la memoria* (poemas, 1995), *Ráfagas de pájaros* (1997, premio Peiroton de Publicación), *El desierto de la sed* (Amargord, 2005), *Odiseo en Lavapiés* (Amargord, 2007), *Parque de destrucciones*, *El suri porfiado* (Buenos aires, 2008, y Madrid, Amargord, 2008. Figura en *Twenty Poets from Argentina-Poetry of the Nineties* (Redbeck, Bradford, Inglaterra, 2004, traducido por Graham Yoll) y en *Arquitrave. Nueve poetas argentinos* (Colombia, 2008). Desde el 2001 vive en Madrid.

MIGUEL ÁNGEL GARA (Madrid, 1970) colabora en algunas revistas literarias de España y Latinoamérica y es el actual responsable de poesía de la revista *literaturas.com* donde edita el suplemento Pata de gallo. Ha publicado los poemarios *El libro de Sara* (LF ediciones, 2005), *Luz previa a la luz* (Algaida, 2006), *Calle* (Amargord, 2008) y *El desierto de agua* (La garúa, 2009), así como la plaquette de aforismos *Gérmenes y momentos* (Amargord, 2007). Ha recibido algunos premios y menciones literarios entre los que destaca el XXIV Premio de poesía Ciudad de Badajoz por el libro *Luz Previa a la luz*.

VERÓNICA GARCÍA (Las Palmas de Gran Canaria, 1967) ha publicado los libros de poesía *La mujer del Cubo Verde* (primer premio de Poesía Tomás Morales, 1986), *Sinestesia, Nuevas Escrituras Canarias* (1990), *Posibles Enunciados* (ediciones La Palma, 1996), *El Universo de los Náufragos* (colección San Borondón, Museo Canario, 2000), *La Isla del Caimán: poemas 1980-2003* (colección Plenilunio, Baile del Sol, 2003), *De Amor y locura* (Al-Harafish, conjuntamente con Macarena Nieves Cáceres, 2004), *Lapso* (Baile del Sol, 2006), *Atonal* (colección El Mirador, Idea, 2008), *La fiesta innombrable: Vía Blanca* (Baile del Sol, 2009), *Resucitar del Agua* (Gobierno de Canarias, 2010).

EDUARDO GONZALEZ ASCANIO es narrador, articulista y autor de algunos trabajos poéticos. En 1999 se le concedió el Premio de Cuentos del Ateneo de La Laguna por su libro *Para después de colgar*. Años más tarde fue incluido en la antología mexicana *El Relato Español Actual*, publicada por la UNAM (Universidad Autónoma de México) y Fondos de Cultura Económica. «Otra vuelta por los trópicos», «El ojo narrativo», «Escritos a Padrón», «Leer la colección», «Once mensajes en una botella» han sido otras participaciones en publicaciones colectivas. Ha publicado también poemario erótico *Calenturas* (Al-Harafish). *Cuentos del Bárbara Bar* (Domibari editores) y *Qué haría yo sin la música* son sus últimos libros de narrativa.

CORIOLANO GONZÁLEZ MONTAÑEZ nació en Santa Cruz de Tenerife en 1965. Es licenciado en Filología Hispánica. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Dublín, entre el mar y la sangre* (1984), *Aquí en mi puño* (1984), *Este último milenio de sombras tras tu recuerdo* (1987), *Las llanuras del desierto* (1991), *Conjura del silencio* (1993), *Cuaderno irlandés* (2000), *El viaje. Poemas 1984-2000* (2002), *Las montañas del frío* (2005), *El tiempo detenido* (2006), *Otra orilla. Cuadernos de Guillermo Fontes* (2008) y *Retorno (The dream is over)* (2010). Figura en las siguientes antologías: *La nueva poesía canaria* (2001), *Los transeúntes de los ecos. Antología de poesía contemporánea en Canarias* (2001), *Poetas de corazón japonés. Antología de autores de «El rincón del haiku»* (2005), *Perro sin dueño. II Concurso Internacional de Haiku* (2008) y *Atlantopía. Breve antoloxía de poesía canaria contemporánea* (2009). Como crítico, ha publicado sobre Eugenio Millet Rodríguez el libro *Pasto lascivo y otros poemas. Obra poética incompleta, 1979-1990* (2002). Ha sido traducido al rumano, al gallego y al amasik.

PEDRO HERRÁNZ Nací hace ya muchos años en una familia de labradores y pastores, entre las sierras próximas al Alto Tajo y las parameras de Molina. Mi pueblo tiene nombre y color de arcilla amasada con paja y puesta a secar al sol del otoño antes de volver a servir de cobijo: Adobes. No me enseñaron las golondrinas a marchar y a volver, pero hice lo mismo que ellas. Cuando el vuelo me lleve a deshacerme en tierra, como los adobes, tierra, trigo, sol, agua... y palabras seguirán siendo casa.

JOAQUÍN IBORRA MATEO nacido en 1964, no es escritor ni profesor, sino sólo lector. Trabaja como director de una empresa de servicios editoriales. Ha editado más de quinientos títulos, muy pocos de ellos literarios.

OBDULIO JOVANÍ PUIG (San Mateo, Castellón, 1932) ha sido profusamente galardonado: Accésit Flor Natural, Viola d'Or, Englantina d'Or, premio de poesía religiosa de la Seo de Játiva; ídem de la Virgen de Lidón, de Castellón, premio de relatos del Colegio de Agentes Comerciales de Valencia, premio de relatos de la Asociación de Jubilados y Pensionistas de Valencia, finalista del premio de cuentos de Peñíscola, finalista del premio Antonio Machado, de la Fundación de los Ferrocarriles Españoles (Madrid); premio de relatos y de novela de El Piló, de Burjassòt, premio de poesía del Ateneu de Paterna, premio Roiç de Corella de poesía en valenciano del Ayuntamiento de Valencia. Hay quien leyó y contó cuentos de Obdulio Jovaní en los Juegos Florales de Valencia y en *El Palleter*, de Catarroja.

JESÚS JAVIER LÁZARO PUEBLA nació en La Puebla de Montalbán (Toledo). Es premio Adonais 1991. Licenciado en arte dramático por la RESAD. Actualmente dirige la sala cultural Trovador (en El barrio de las letras, en Madrid).

ELSA LÓPEZ (1943), Premio Internacional de Poesía Ciudad de Melilla (1987), Premio Internacional de Poesía Rosa de Damasco (1989), Premio Nacional de Poesía José Hierro (2000) y Premio de Poesía Ciudad de Córdoba-Ricardo Molina (2055). En poesía ha publicado *El viento y las adelfas* (1973), *Inevitable Océano* (1982), *Penumbra* (1985), *Del amor imperfecto* (1987), *La Casa Cabrera* (1989), *La Fajana Oscura* (1990), *Cementerio de elefantes* (1992), *Al final del agua* (1993), *Tránsito* (1995), *Magarzas* (1997), *Mar de amores* (2002), *Ministerio del aire* (2003), *Quince Poemas (de amor adolescente)* (2003), *La pecera* (2005), *A mar abierta* (2006), *Travesía* (2006), *De la A a la Z Canarias* (2008), *Ofertorio* (2008) y *Solo de amor* (2008). Sus poemas han sido traducidos a diferentes idiomas y parte de su obra poética ha sido incluida en antologías nacionales e internacionales.

ARTURO LORENZO (Madrid, 1949), licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense, ha sido profesor de la UNED (1977-1981). Ha consagrado la mayor parte de su vida profesional al Servicio Exterior de España en el ámbito cultural. Desde 1991 ha ejercido como director del Instituto Cervantes en Argel, Casablanca, Rabat, Nápoles y Tánger. En la actualidad dirige el centro de Lyon. Ha publicado numerosos artículos en revistas españolas y extranjeras y recientemente el prólogo a la obra *El Orientalismo al revés. Homenaje a Edward W. Said* (Madrid, La Catarata, 2008).

JUAN CARLOS MESTRE cursó estudios de Ciencias de la Información en Barcelona, licenciándose con la tesis «Escritura y Realidad en el Periodismo Contemporáneo». En 1982 publicó su primer libro, *Siete poemas escritos junto a la lluvia*, y un año más tarde *La visita de Safo*. En 1985 obtuvo el «Premio Adonais» por *Antífona del Otoño en el Valle del Bierzo*. Vivió algunos años en Chile donde publicó *Las páginas del fuego* en 1987. De vuelta a España publicó *El arca de los dones*, *Los cuadernos del paraíso* y *La poesía ha caído en desgracia*, «Premio Jaime Gil de Biedma» en 1992. Durante su estancia en Roma como becario de la Academia de España, escribió *La tumba de Keats*, «Premio Jaén de Poesía», en 1999. Su obra poética entre 1982 y 2007 ha sido recogida en la antología *Las estrellas para quien las trabaja* (2007). En 2009 obtuvo el Premio Nacional de Poesía por «*La casa roja*».

PAULA NOGALES ROMERO (Las Palmas de Gran Canaria), presidenta de ASPERCAN y escritora. Amén de participar en congresos nacionales e internacionales con obra crítica y de creación, y en diversas revistas especializadas y suplementos culturales de periódicos, tiene publicados numerosísimos libros. En el género narrativo, *Zapping. Cuentos*. (Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife, 1991), *Sociedad anónima* (Premio Ateneo de La Laguna, 1996). En poesía, *Recintos* (Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria, 1994), *Saludos de Alicia* (Accésit Premio Tomás Morales, 1996), *Manzanas son de Tántalo* (colección San Borondón, Museo Canario, 1997), *Esta falacia que se desangra impune*. Antología 1990-2002 (Baile del Sol, 2003), *Vicios ocultos* (Baile del Sol, 2007), *De la traición como arte* (Idea, 2008). Ha sido incluida en antologías nacionales y extranjeras: *Última generación del milenio. Poesía canaria* (1998), *Reincidencias* (Centro Cultura Popular Canaria, 2000), *La nueva poesía canaria* (Madrid, Verbum, 2001), *Los transeúntes de los ecos. Antología de poesía contemporánea en Canarias* (Instituto Cubano del Libro, 2001), *Ilimitada voz. Antología de poetas españolas, 1940-2002* (Balcells, Universidad de Cádiz, 2003), *Relato español actual* (FCE-UNAM, México, 2002), *Isla mujeres* (Instituto Canario de la Mujer, 2003), *Escritos a Padrón* (Casa Museo Antonio Padrón, Gáldar, 2003), *Desde su ventana. Antología de poetas canarias del siglo XX* (ediciones La Palma, 2004), *2050 km de palabras: antología de relatos vasco-canaria* (Baile del Sol, 2007), *Poetas canarios en Buenos Aires* (Buenos Aires y Cabildo GC, La Máquina del tiempo, 2009), *Madrid en los poetas canarios* (Puentepalo-Dirección General del Libro, Canarias, 2010).

VANESA PÉREZ-SAUQUILLO (Madrid, 1978) ha publicado los siguientes libros de poesía: *Bajo la lluvia equivocada* (Premio de Arte Joven de la Comunidad de Madrid, Hiperión, 2006), *Invención de gato* (Calambur, 2006), *Vocación de Rabia* (Accésit Premio Federico García Lorca, Universidad de Granada, 2002) y *Estrellas por la alfombra* (Premio Antonio Carvajal, Hiperión, 2001). Su obra aparece en varias antologías, entre las que destacan *Última poesía española (1990-2005)* (Marenostrum, 2006), *Veinticinco poetas españoles jóvenes* (Hiperión, 2003), *Todo es poesía menos la poesía* (Eneida, 2004), *Los Jueves Poéticos en la Casa del Libro* (Hiperión, 2006) y *Que la fuerza te acompañe* (El Gaviero Ediciones, 2005), entre otras. Ha traducido, entre otros libros, la antología de Dylan Thomas *Muertes y entradas (1934-1953)*, en colaboración con Niall Binns (Huerga y Fierro, Signos, 2003), y la poesía inédita infantil de Roald Dahl de *Canciones y Poemas* (Alfaguara Infantil y Juvenil, 2006).

CARMEN PERRIN 1953, nace en La Paz, Bolivia, reside en Suiza desde 1960.

Licenciada en Bellas Artes por la Escuela Superior de Ginebra en 1981, impartirá clases en la misma de 1988 a 2004.

1986-96 estudio artístico en Marsella, Francia, exposición en el museo Cantini de Marsella. Tras obtener en 1993 la beca Landrys & Gyr se instala en Londres durante dos años.

Su experiencia artística está siempre vinculada a la práctica del dibujo y de la escultura. En una consolidada trayectoria, cuenta con numerosas exposiciones internacionales, colabora con prestigiosas galerías como la Galería Gisèle Linder, Basilea, la Galerie Guy Bärtschi, Ginebra, y la Galeria Bob Gysin en Zurich o Gabrielle Salomon Art Conseil en París.

JOSÉ MARÍA PIÑERO (Orihuela, 1963) ha cursado estudios de Filosofía y Filología en la UNED. Es uno de los miembros fundadores de la revista literaria *Empireuma*, Colaborador de la publicación sociocultural *La Lucerna*, editadas ambas en Orihuela. Ha publicado varias plaquettes: una de poesía, *El legamo de las estrellas*, y otra de aforismos: *Hilos de Papiro*. Es autor del microlibro de poemas *Margen harmónico*. Artículos y poemas suyos han aparecido en las revistas *Salamandra*, de Madrid, *Luna de papel*, de Murcia, *Acacia*, de Valencia, *Baquiana*, de Miami, *Letras de Deusto*, de la Universidad de Deusto (en Bilbao), *Poezia y Contemporanul*, ambas de Bucarest (Rumanía) y en la publicación digital *Almiar*. Ha sido seleccionado en varias antologías poéticas publicadas en las ciudades de Alicante –Escrito en Alicante–, y Murcia –I y II ciclos de poesía temática–. Ha realizado, también, exposiciones de pintura y fotografía tanto individuales como colectivas.

JESUCRISTO RIQUELME, estudió de la obra de Miguel Hernández y de su época quizás antes de nacer en Orihuela (Alicante) en 1956, es doctor en Filología Hispánica y Catedrático de Lengua y Literatura. Se ha desempeñado en la UNED y en la Universidad Miguel Hernández, en la carrera de Periodismo. Trabajó anualmente en la Cooperación Internacional Española entre 1987 y 1992. Dedicados a Miguel Hernández, ha editado, entre otros, *Miguel Hernández, un poeta para espíritus jóvenes* (Valencia, Ecir), *El auto sacramental de Miguel Hernández* (Alicante, Aguaclara), *El teatro de Miguel Hernández* (Alicante, Instituto J. Gil-Albert), *Orihuela de la mano de Miguel Hernández* (Alicante, Aguaclara), *Antología comentada de Miguel Hernández: teatro, prosa y epistolario* (Madrid, De la Torre), la edición del Cuaderno de Cancionero y romancero de ausencias (Murcia, Pictografía), la edición facsimilar de *Cuentos para Manolillo* (Murcia, Pictografía) y *Luna, primera revista cultural del exilio en España, 1939-1940* (Madrid-Méjico-Buenos Aires, EDAF). Fue asesor histórico y literario en el largometraje *Viento del pueblo* (Lotus films international, 2001) y guionista de los documentales *Compañero del alma* (Doble Nostrum-Malvarrosa-La fiebre, 2005) y *Poeta condenado: Miguel Hernández* (Satecodocumentalia-La Marea, 2010). Para las tablas, ha escrito *Voces a los cuatro vientos*, estrenada en Moscú en 2006. Ha colaborado en traducciones del poeta oriolano al inglés, al francés y al italiano. Prepara la publicación de *Cartas de V. Aleixandre a Josefina Manresa y Obra exenta de Miguel Hernández que completa la Obra Completa*. Ha publicado artículos sobre Cesare Pavese, Kavafis, Dalí, Isabel Allende... y estudios y ediciones de *La Celestina* y del dramaturgo ilustrado Tomás de Iriarte.

FERNANDO RIQUELME LIDÓN nació el 30 de julio de 1947 en Orihuela, en su calle Mayor, zoco provincial de tejidos y novedades. Lo educaron al socaire de ceras e inciensos diocesanos. Trocó los trinos del jilguero por ajetres madrileños para estudiar Ciencia Política y Relaciones Internacionales. Eligió ser portavoz de la Patria y emprendió un camino de múltiples destinos. Ha sido embajador de España en Polonia (1993-1998) y en Suiza (2007-2010). Primoroso novelista, ha evocado la nostalgia del tiempo pretérito en *Alhábega* (Burgos, 2008) y algo del mundo internacional en *Victoria, Eros y Eolo* (Madrid, 2010). Amante del mejor yantar, se ha parado a reflexionar sobre cosas de comer en *La piel asada del bacalao* (en prensa).

SILVIA RODRÍGUEZ GONZÁLEZ nace en Las Palmas de Gran Canaria y es traductora e intérprete. Ha publicado en prensa insular y en revistas literarias nacionales, y textos suyos aparecen en distintas obras colectivas. Publica *Rojo Caramelo*, con Al-Harafish, en 2004. Un año después sale a la luz *El ojo de Londres*, en la colección de poesía San Borondón de El Museo Canario. En 2007 publica *Casa Banana*, en la colección Poesía Gabinete Literario. Es colaboradora de la revista *Vía*. En 2008 Baile del Sol le edita *Shatabdi Express* y, en 2009, ediciones Idea, *Bloc de notas*. Es coautora del libro tripartito *La fiesta innombrable* (Baile del Sol, 2009) junto con Verónica García y Antonio Puente. Ha intervenido en los Festivales Internacionales de Poesía de Génova (2005) y de La Habana (2008 y 2009) y en el programa Otoño Literario 2009 en Ginebra.

ANNA SANCHIS CAUDET nació en 1977 en un pueblecito del Mediterráneo. Se diplomó en Magisterio en la Universidad de Valencia en 1998.

Imparte clase en la Agrupación de Lengua y Cultura españolas de Lausana, Suiza. Escribe haikus en los desplazamientos que hace en transporte público para tomar lecciones de flamenco. Colabora en la revista digital *Don Gedeón*.

SANTO JUAN, 31 de mayo de 1956, Orihuela. Desde hace 36 años reside en el barrio del Carmen, Valencia. Poeta. Periodista. En la actualidad es director de comunicación de Vaersa, empresa pública de la Generalitat Valenciana.

MARTA SANZ es doctora en Filología. Ha publicado las novelas *El frío*, *Lenguas muertas*, *Los mejores tiempos* (premio Ojo Crítico, 2001), *Animales domésticos*, *Susana y los viejos* (finalista del premio Nadal, en 2006), *La lección de anatomía* (2008) y *Black, black, black* (2010). Ha participado con relatos en volúmenes colectivos y ha editado *El canon de normalidad*, una selección de sus cuentos. En 2007, publicó *Metalingüísticos y sentimentales. Antología de poesía española contemporánea*, y recibió el premio Vargas Llosa NH de relatos. Colabora con la Escuela de Letras. Escribe habitualmente en la sección de Culturas del diario *Público*, en *El cultural*, en *El viajero* de *El país* y en las revistas *Mercurio* y *Quimera*. *Perra mentirosa* y *Hardcore* son sus dos primeros poema-libros.

FRANCISCO JOSÉ SEVILLA (Úbeda, 1972) ha publicado *La travesía del hombre barco* (2005), *Por razones de seguridad* (2006), *120 páginas sin lluvia* (2007) y *Clic* (2009), todos ellos en Madrid, Amargord. Acaba de entregar Abracadabra a s.l. ediciones y *La velocidad de la belleza* a Calambur ediciones, y quizás ya estén en librerías. Es director de poesía de la editorial Amargord; actualmente coordina las colecciones Helado de mamey y Maestros, junto a José María de la Quintana, dire y compay. (...y sólo el aire es publicable).

ROSANA SOLIVELLA (Orihuela, 1968). Licenciada en Filología Hispánica, amante de las palabras y del arte, profesora y colecciónista de idiomas en ciudades como Montreux, Roma, Londres y Barcelona. Desarrolla una actividad paralela de producción artística concretada en exposiciones individuales y colaboraciones con otros artistas: Mad(e) in England, Cantos rodados, Anhelos, 14 days. Por el momento, reside en Valencia, continúa con su labor docente y presenta el último trabajo llevado a cabo que palpita ahora entre las manos de quien esto lee: un homenaje personal y colectivo al poeta Miguel Hernández: *Voces de papel, Luces de hiel*.

SILVANA SOLIVELLA 1964, nace en Ginebra. Licenciada en Bellas Artes por la Universidad de Valencia. Su trabajo, reconocido en el mundo artístico, ha recibido prestigiosos premios y becas entre los que se cuentan el Premio de la Fundación Irène Reymond y la Beca de la Fundación de Arte Alice Bailly. Su obra ha sido expuesta en numerosas muestras personales y colectivas como la del Museo Arqueológico de Nápoles, en el CCCB de Barcelona, en el Museo Jenisch de Vevey, en la colección BCV art, en el Manoir de Martigny, y en la Fundación Claude Verdan. Lejos de cualquier demarcación, la artista proyecta en el conjunto de su obra su propia percepción íntima y recorre campos distintos pasando de la poesía a la antropología, la historia del arte o su propia historia personal.

JENARO TALENS nació en Tarifa (Cádiz), en 1946. Estudió Ciencias Económicas y Arquitectura en la Universidad de Madrid y Filosofía y Letras en la de Granada, donde se doctoró en Filología Románica en 1971 con una tesis dedicada a la poesía de Luis Cernuda. Ha sido, sucesivamente, Catedrático de Literatura Española, Teoría de la Literatura y Comunicación Audiovisual en la Universitat de València. Asimismo ha sido profesor visitante en diferentes universidades europeas y americanas: Carlos III de Madrid, Minnesota, Montreal, Técnica de Berlín, Aarhus, California-Irvine, entre otras. En la actualidad es Catedrático de Literaturas Hispánicas, Literatura Comparada y Estudios Europeos en la Universidad de Ginebra y Professor Honorario de la Universidad de Buenos Aires. Entre sus principales publicaciones, destacan *El sujeto vacío: cultura y poesía en territorio Babel* (Madrid, Cátedra, 2000), *Modes of Representation in Spanish Cinema* (Minneapolis, University of Minnesota Press, 1998), *Historia general del cine*, en 12 volúmenes, compartiendo la dirección general del proyecto con Gustavo Domínguez (Cátedra, 1995-1998), *El espacio y las máscaras: introducción a la lectura de Cernuda* (Barcelona, Anagrama, 1975). Como poeta, es autor de una veintena de títulos reunidos en los volúmenes *Cenizas de sentido. 1962-1975* (Cátedra, 1989), *El largo aprendizaje. 1975-1991* (Cátedra, 1991), *Orfeo filmado en el campo de batalla* (Madrid, Hiperión, 1994], *Viaje al fin del invierno* (Madrid, Visor, 1997), *Profundidad de campo* (Hiperión, 2001] y *El espesor del mundo* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2003). En 2002, la colección Letras Hispánicas de Cátedra publicó una amplia antología de su obra, *Cantos rodados*.

DANIEL YBARRA 1957, nace en Montevideo, Uruguay. Se instala en Ginebra en 1984. Es miembro fundador y director de la Fundación Cultural Abanico. Colabora durante años con arquitectos en Barcelona en trabajos que conciernen al estudio del espacio y su relación con la luz. Desde 1991 ha cooperado en diversos proyectos y realizaciones del estudio EAAS Group (European Architecture & Art Studio). Su obra ha sido expuesta en espacios exteriores, interiores, privados, públicos, urbanos y naturales. Colabora con el Espace R, la Galería Rosa Turetsky y tiene obra permanente en la sede de la Banque Heritage. Actualmente comparte su tiempo entre Ginebra y Valencia.

INDICE DE ILUSTRACIONES

Daniel Ybarra. 2010. Sin título. Serie Semilleros. Técnica: lápiz, tempera, acetatos y chinchetas de color. 21 cm x 25 cm	4
Silvana Solivella. 2009-2010. Sin título. Serie Flores de telaraña. Técnica mixta sobre papel. 50 cm x 50 cm	10
Yamandú Canosa. 2010. «Todo el paisaje». Gouache sobre papel. 26 x 26 cm	15
Yamandú Canosa. 2010. «Ángelus». Gouache sobre papel. 26 cm x 26 cm	18
Daniel Ybarra. 2010. «Semilleros». Litografía sobre papel. 21 cm x 21 cm	20
Carmen Perrin. 2009. Trazado girado a golpe vertical. Grafito sobre papel. 116 cm x 116 cm	23
Silvana Solivella. 2009-2010. Sin título. Serie Flores de telaraña. Técnica mixta sobre papel. 50 cm x 50 cm	25
Carmen Perrin. 2009. Trazado girado en amarillo. Lápiz de color sobre papel. 116 cm x 116 cm	27
Daniel Ybarra. 2009. Serie Solysombras. Tinta sobre papel. 30 x 30 cm	29
Carmen Perrin. 2010. «Tus ojos sin mis ojos no son ojos». Grabado, gofrado y perforado sobre papel. 21 cm x 21 cm	31
Silvana Solivella. 2010. «Me sobra el corazón». Litografía sobre papel. 21 cm x 21 cm	33
Yamandú Canosa. 2010. «Alaliada». Litografía sobre papel. 21 cm x 21 cm	35
Daniel Ybarra. 2009. Serie Solysombras. Tinta aguada sobre papel. 30 cm x 30 cm	38
Silvana Solivella. 2009-2010. Sin título. Serie Flores de telaraña. Técnica mixta sobre papel. 50 cm x 50 cm	40
Carmen Perrin. 2009. Trazado girado a dos golpes. Grafito sobre papel. 116 cm x 116 cm	43
Daniel Ybarra. 2010. Semilleros. Técnica: lápiz, tempera, acetatos y chinchetas de color. 21 cm x 25 cm	45
Silvana Solivella. 2009-2010. «El collar de azabache». Serie Flores de telaraña. Técnica mixta sobre papel. 50 cm x 50 cm	46
Yamandú Canosa. 2004. «El llanto». Gouache y carbón sobre papel. 23 cm x 31 cm	48
Yamandú Canosa. 2010. «M». Gouache sobre papel. 26 cm x 26 cm	53
Carmen Perrin. 2005. Sin título. Litografía sobre papel. 65 cm x 50 cm	55
Daniel Ybarra. 2010. Semilleros. Técnica: lápiz, tempera, acetatos y chinchetas de color. 21 cm x 25 cm	57
Yamandú Canosa. 2008. «Hondo». Óleo sobre papel. 30 cm x 42 cm	58
Silvana Solivella. 2009-2010. Sin título. Serie Flores de telaraña. Técnica mixta sobre papel. 50 cm x 50 cm	61
Yamandú Canosa. 2010. «El iceberg Miguel». Gouache sobre papel. 26 cm x 26 cm	63
Silvana Solivella. 2009-2010. «Maraña». Serie Flores de telaraña. Técnica mixta sobre papel. 50 cm x 50 cm	65
Daniel Ybarra. 2010. Serie Semilleros. Técnica: lápiz, tempera, acetatos y chinchetas de color. 21 cm x 25 cm	67
Daniel Ybarra. 2009. Serie Solysombras. Técnica mixta sobre papel. 30 cm x 30 cm	69
Silvana Solivella. 2009-2010. «Ni polvo, ni tierra». Serie Flores de telaraña. Técnica mixta sobre papel. 50 cm x 50 cm	70
Carmen Perrin. 2010. Trazado girado a tres ejes. Grafito sobre papel. 116 cm x 116 cm	74
Carmen Perrin. 2010. Trazado girado (33 T). Mina de plomo y lápiz de color sobre papel. 116 cm x 116 cm	79



Fernando Riquelme Lidón
 Jenaro Talens
 Joaquín Iborra Mateo
 Jorge Barriuso
 Pedro Flores
 Verónica García
 Jorge de Arco
 Vanesa Pérez-Sauquillo
 Santo Juan
 Rodrigo Galarza
 Jesús Javier Lázaro Puebla
 Silvia Rodríguez
 Cecilia Domínguez Luis
 Eduardo González Ascanio
 Francisco José Sevilla
 Ignacio del Valle
 José María Piñeiro Gutiérrez
 Manuel Borrás
 Juan Carlos Mestre
 Paula Nogales Romero
 Marta Sanz Pastor
 Anna Sanchis Caudet
 Elsa López
 Coriolano González Montañez
 Pedro Herranz
 Alfons Cervera
 Oscar Aguado
 Pablo Aranda
 Rosana Solivella
 Obduli Jovani Puig
 Arturo Lorenzo
 Javier Atienza
 Miguel Ángel Gara
 Jesucristo Riquelme

¹ La memoria en el laberinto, exposición. Ajuntament d'Elx (Alicante), 2010. Versiones de J. Riquelme.



Instituto
Cervantes

L y o n

